

JACQUELINE WINSPEAR

MAISIE DOBBS

Una detective con intuición

Traducción:

FERNANDO MATEO



MAEVA | NOIR

*Este libro está dedicado a la memoria
de mi abuelo paterno y a la de mi abuela materna.*

*John Jack Winspear sufrió serias heridas en las piernas
durante la batalla del Somme, en julio de 1916.
Después de su convalecencia, volvió a trabajar como vendedor
ambulante en la zona sudeste de Londres.*

*Clara Frances Clark, née Atterbury, trabajó en la sección
de municiones del arsenal de Woolwich durante la Primera Guerra
Mundial. Quedó parcialmente ciega a causa de una explosión
en la que murieron varias jóvenes que trabajaban en el mismo lugar.
Más tarde, Clara se casó y tuvo diez hijos.*

*Ahora él, enfermo, pasará unos años en distintos hospitales,
y hará lo que las reglas digan que es más prudente hacer,
y recibirá todo lo que allí puedan procurarle,
como si de una limosna se tratara.*

*Esta noche ha advertido hasta qué punto los ojos de las mujeres
se apartaban de él y se posaban en los hombres
que conservaban su fuerza y seguían enteros.
¡Qué frío hace y qué tarde es! ¿Por qué nadie viene
a llevarlo a su cama? ¿Por qué no viene nadie?*

Último párrafo de *Disabled*, de Wilfred Owen.
Redactado en Craiglockhart, hospital para oficiales
heridos durante la guerra, en octubre de 1917.
Owen murió en el campo de batalla el 4
de noviembre de 1918, una semana antes del armisticio.

Primavera de 1929

1

AUNQUE ELLA NO hubiera sido la última persona en atravesar el torniquete de la estación Warren Street del metro, de todos modos, Jack Barker habría prestado atención a aquella mujer alta y delgada enfundada en una chaqueta azul marino larga hasta las rodillas y una falda plisada a juego que revelaba unos tobillos atractivos. Tenía lo que su madre habría llamado «porte», ese modo de caminar con los hombros y la cabeza erguidos mientras se ponía unos guantes negros y, al mismo tiempo, se las arreglaba para no soltar un maletín negro algo gastado que se iba pasando de una mano a la otra.

—Niña rica —musitó Jack—. Vaya, tal vez estoy diciendo tonterías.

Jack decidió esperar a que la mujer pasara por su lado; así que comenzó a golpear el suelo con los pies en un vano intento por aventar el frío helador que le ascendía desde las botas claveteadas. Se agitó como si los abanicara con la media docena de ejemplares del *Daily Express*, que sostenía bajo el brazo, al advertir que un taxi frenaba chirriando junto a él, y una mano asomaba por la ventanilla y le tendía las monedas para pagar el periódico.

—Oh, espera... ¿Puedes darme el *Express*, por favor, cielo? —dijo una voz suave como una cucharada de miel.

El vendedor de periódicos alzó la vista lentamente y se encontró con unos ojos del color de una medianoche de verano con

un intenso matiz que le pareció más oscuro que el azul. La mujer le dio el dinero.

—Por supuesto, señorita. Aquí tiene. Hace un poco de frío esta mañana, ¿no le parece?

Ella sonrió y tomó el periódico.

—Yo diría que mucho —repuso mientras se volvía para alejarse—. Un frío que te cala hasta los huesos. Toma una buena taza de té cuanto antes.

Jack no habría sabido explicar por qué se quedó observándola mientras la mujer se alejaba por Warren Street; pero había algo que sí podía decir: por mucho porte que ella tuviese, a juzgar por la familiaridad con la que le había hablado, era evidente que no se trataba de una mujer rica.

Al final de la calle, Maisie Dobbs se detuvo ante la puerta negra de entrada de un edificio estilo georgiano un tanto deteriorado, se colocó el *Daily Express* debajo del brazo izquierdo, abrió con sumo cuidado el maletín y sacó un sobre que contenía una carta del propietario dirigida a ella y un par de llaves. La carta le recomendaba que le diera a la puerta de la calle un buen empujón después de hacer girar la llave en la cerradura, que encendiera con mucho cuidado la lámpara de gas que se encontraba al pie de la escalera, que prestase atención al último escalón del tramo que llevaba al primer piso, pues tenían que repararlo, y que por la noche, antes de marcharse, no se olvidara de cerrar con llave la puerta del apartamento. La carta le informaba, además, de que Billy Beale, el portero, se ocuparía de colocar una placa con su nombre en la parte exterior de la puerta, si así lo deseaba; aunque, sugería, tal vez prefiriera permanecer en el anonimato.

Maisie sonrió con sorna: «Necesito trabajar —se dijo—. No estoy aquí para permanecer en el anonimato». Sospechaba que el propietario, el señor Sharp,* no estaba a la altura de lo que

* En inglés, «listo», «inteligente». (N. del T.)

significaba su nombre, y que seguramente cada vez que la viera le haría la clase de preguntas que solo admiten una respuesta obvia. No obstante, sus recomendaciones eran razonables: la puerta, por supuesto, necesitaba un empujón; pero la lámpara de gas, una vez encendida, apenas iluminaba la lóbrega oscuridad del hueco de la escalera. Era evidente que había que cambiar algunas cosas, pero todo se haría a su debido tiempo. Por el momento, y aunque todavía no tenía ningún caso entre manos, Maisie debía ocuparse de otros muchos asuntos.

Después de haber salvado el último escalón, ya en el rellano, Maisie giró hacia la derecha y se encaminó directamente a la puerta pintada de marrón de la izquierda, que tenía un montante de cristal esmerilado y de cuyo pomo colgaba un cartel que rezaba: «Se alquila». Quitó el cartel, introdujo la llave en la cerradura, abrió la puerta y respiró hondo antes de entrar en lo que sería su nuevo despacho. Era una habitación que contaba con una estufa de gas, sendas lámparas en las paredes y una ventana de guillotina desde la que se veía el edificio de la acera de enfrente. Y, más allá, los tejados de otras casas. Había también un escritorio de roble con una silla de dudosa estabilidad a juego y, a la derecha de la ventana, un antiguo archivador.

Lady Rowan Compton, su benefactora y expatrona, estaba en lo cierto: Warren Street no era una zona particularmente recomendable. Pero Maisie sabía que si jugaba bien sus cartas conseguiría pagar el alquiler, e incluso reservar algo de la suma que se había permitido retirar de los ahorros. No quería un despacho lujoso, pero tampoco un tugurio miserable. No, quería algo intermedio, algo que todo el mundo apreciara, algo céntrico pero que, al mismo tiempo, no estuviera en un punto neurálgico de la ciudad. Maisie se sentía cómoda en aquel pequeño rincón de Bloomsbury. Se decía que era posible sentarse a disfrutar de un té casi con cualquiera que anduviese rondando por la plaza, y cenar sentado a la misma mesa con una condesa y un

carpintero sin que ninguno de los dos se sintiera incómodo. Sí, por el momento, al menos, aquella zona le parecía un lugar bien situado. Lo difícil iba a ser lo de la placa. Ese era un problema que aún no había resuelto.

Lady Rowan se lo había planteado sin tapujos:

—Ahora dime, querida mía, ¿cómo te presentarás? Todos sabemos lo que haces, por supuesto, pero ¿cómo lo definirás? No puedes explicar lo que es obvio. «Hallazgo de personas desaparecidas, vivas o muertas, aun cuando sean ellas mismas las que se buscan» no estaría a la altura de las circunstancias. Tenemos que pensar en algo escueto, que ponga de relieve tus dotes personales.

—Había pensado en algo así como «Investigaciones discretas», *lady* Rowan. ¿Qué le parece?

—Pero eso no sirve para aclararle a nadie cómo utilizas tu mente, querida, que es lo que realmente haces.

—Lo cierto es que no utilizo mi mente, sino la de los demás. Yo me limito a hacer preguntas.

—¡Tonterías! ¿Qué te parece: «Investigaciones cerebrales discretas»?

Maisie sonrió y enarcó una ceja para mostrar con sarcasmo la consternación que despertaba en ella la sugerencia de la anciana. Se hallaba cómodamente sentada frente a la chimenea de la biblioteca de su expatrona, que tiempo atrás había limpiado con sus propias manos, por entonces ásperas y encallecidas como las de cualquier criada.

—No soy una neurocirujana. Voy a pensármelo mejor, *lady* Rowan. Quiero encontrar las palabras exactas.

La aristócrata de cabellera gris se inclinó hacia delante y le dio unas palmadas a Maisie en la rodilla.

—Estoy segura de que, decidas lo que decidas, estará muy bien, querida. Muy bien.

UNA SEMANA MÁS tarde, cuando Billy Beale, el portero, llamó a la puerta del despacho de Maisie y preguntó si debía instalar alguna placa identificatoria, ella le entregó una de bronce en la que se leía: «M. Dobbs. Investigaciones personales y comerciales».

—¿Dónde la quiere, señorita? ¿A la izquierda o a la derecha de la puerta?

Mientras se lo preguntaba, ladeó ligeramente la cabeza. Billy era un hombre de unos treinta años, robusto y fuerte, medía poco menos de un metro ochenta de estatura y tenía el cabello del color del trigo tostado por el sol. Parecía moverse con agilidad, pero se esforzaba por disimular una cojera que Maisie advirtió de inmediato.

—¿Dónde están puestas las otras?

—A la izquierda, señorita. Pero yo, si fuera usted, no la pondría ahí.

—¡Oh! ¿Y por qué no, señor Beale?

—Billy. Llámeme Billy. Verá, es que la gente no mira hacia la izquierda, ¿no lo ha notado? Mucho menos cuando ya han agarrado el pomo, que está a la derecha. Ese es el lugar al que siempre dirigen la mirada cuando suben la escalera. Primero, ven ese llamador con forma de cabeza de león, y luego el pomo, que está a la derecha. Yo creo que es mejor colocar la placa a la derecha. Eso, si usted quiere llegar a algún trato con ellos.

—De acuerdo, señor Beale. Coloquemos la placa a la derecha. Gracias.

—Billy, señorita. Llámeme Billy.

Así fue como Billy Beale se entregó a la tarea de instalar la placa de bronce. Maisie suspiró profundamente y se frotó el cuello en aquel punto exacto en que las preocupaciones parecían asentarse cuando trataban de adueñarse de ella.

—Señorita... —Billy, que asomaba la cabeza por el hueco de la puerta, dio unos golpes en el cristal mientras se quitaba la gorra.

—¿Qué pasa, señor Beale?

—Billy, señorita. ¿Me permite una palabra?

—Sí, pase. ¿De qué se trata?

—Señorita, ¿podría hacerle una pregunta? Es algo más bien personal. —El hombre continuó hablando sin esperar respuesta—. ¿Fue usted enfermera en un centro de atención a heridos de guerra en las afueras de Bailleul?

Maisie sintió una punzada de emoción y de inmediato se llevó una mano al pecho, pero ni su actitud ni sus palabras dejaron traslucir su inquietud.

—Sí. Sí, allí mismo.

—¡Lo sabía! —exclamó Billy golpeándose la pierna con la gorra—. Lo supe en el momento en que vi esos ojos. Es todo lo que recuerdo desde que me llevaron allí. Esos ojos suyos, señorita. El doctor me dijo que me concentrara en algo mientras él se ocupaba de mi pierna. Así que me dediqué a mirarle a los ojos, señorita. Usted y el doctor me salvaron la pierna. Tenía trozos de metralla incrustados, pero lograron curarme, por suerte. ¿Cómo se llamaba él?

Por un momento, Maisie notó que se le formaba un nudo en la garganta. Luego tragó saliva y se recompuso como pudo.

—Simon Lynch. Capitán Simon Lynch. Supongo que es a él a quien te refieres —añadió tuteándolo.

—Nunca me olvidé de ustedes, señorita. Nunca. Me salvaron la vida, nada menos.

Maisie asintió, esforzándose por mantener relegados sus sentimientos al sitio que había destinado para ellos en su corazón, con la idea de dejarlos aflorar solo cuando ella quisiera.

—Bien, señorita. Si necesita algo, lo que sea, no tiene más que pedírmelo. Soy su esclavo. Es una verdadera suerte para mí volver a verla, ¿no cree? ¡Oh, espere a que se lo cuente a la parienta! Si necesita algo, lo que sea, llámeme.

—Gracias. Muchas gracias. Si necesito algo te lo haré saber. Ah, Billy, gracias por ocuparte de la placa.

Billy Beale se ruborizó y asintió, se puso la gorra y abandonó el despacho.

«Salvo por la guerra —pensó Maisie—, hasta ahora he sido afortunada». Se sentó en la precaria silla de roble, se quitó los zapatos y se frotó los pies. Todavía sentía en ellos el frío, la humedad, la suciedad y la sangre de Francia. Desde 1917, hacía ya doce años, sus pies nunca habían vuelto a entibiarse.

Recordó a Simon sentado bajo un árbol en South Downs, en Sussex. De pronto le pareció que aquella imagen le llegaba desde otra vida. Les habían concedido un permiso a ambos al mismo tiempo, nada raro, por supuesto; pero difícil de adquirir a menos que uno tuviera contactos donde había que tenerlos. Era un día cálido, pero eso no bastaba para mantenerlos alejados del fragor de la lucha; aún podían oír el intenso retumbo del cañoneo en el campo de batalla que llegaba desde el otro lado del canal de la Mancha, un sonido amenazador que; a pesar de la tierra y el mar que los separaba del teatro de la guerra, no lograba disminuir. En aquella ocasión, Maisie se había quejado amargamente de la humedad de Francia: ya nunca lograría deshacerse de ella, se lamentó. Simon, con una sonrisa en los labios, le había quitado los zapatos y había empezado a masajearle los pies para calentárselos. «Por Dios, mujer —le dijo—, ¿cómo es posible que alguien esté tan frío y no esté muerto?».

Rieron de buena gana, pero enseguida se quedaron callados. La muerte, en tiempos así, no era cosa de risa.

2

EL PEQUEÑO DESPACHO había cambiado desde que Maisie se instaló en él treinta días antes. Habían movido el escritorio de lugar y ahora estaba colocado en ángulo con la amplia ventana, de modo que Maisie, desde la silla, podía echar una mirada a los tejados vecinos mientras trabajaba. Encima de él había un teléfono negro de lo más sofisticado. *Lady Rowan* había insistido en que era del todo necesario: «Nadie, absolutamente nadie —había dicho—, puede trabajar si no dispone de teléfono. Es esencial».

Maisie, por su parte, pensaba que lo esencial era que el sonido de su imponente campanilla se oyera un poco más a menudo. Además, en los últimos días Billy Beale se había ocupado de proponer algunas mejoras.

—Usted no puede recibir a futuros clientes y no ofrecerles una buena taza de té del mejor, ¿no le parece, señorita? Yo podría abrir ese aparador y colocar un hornillo. Tendría todo lo necesario para preparar el té. ¿Qué le parece, señorita? Puedo acercarme a la carpintería de mi amigo para conseguir la madera que necesitamos y extender la instalación de gas hasta allí.

—Me encanta la idea, Billy. Me encanta.

Suspiró. Al parecer, todos menos ella sabían lo que más le convenía. Por supuesto, lo hacían con la mejor de las intenciones, pero lo que Maisie necesitaba era conseguir algún cliente.

—¿Te adelanto el dinero para los materiales, Billy?

—No necesitamos dinero para esto —respondió él guiñándole un ojo y dándose un golpecito en un lado de la nariz con el dedo—. Ojos que no ven, corazón que no siente... No sé si me entiende, señorita.

Maisie enarcó una ceja y esbozó una sonrisa burlona.

—Lo entiendo muy bien, Billy. Hay quienes dicen: «El que no sabe es como el que no ve».

—Eso mismo, señorita. Déjelo de mi cuenta. En menos que canta un gallo lo tendrá todo listo para recibir a sus visitantes a lo grande.

Billy volvió a ponerse la gorra, se llevó dos dedos a la visera a modo de despedida y cerró la puerta a sus espaldas. Maisie se echó hacia atrás en su silla. Extenuada, se restregó los ojos y miró los tejados débilmente iluminados por la luz del atardecer. Observó el sol, que se ponía sin prisa, y lo imaginó calentando las costas de otro continente mientras dejaba tras de sí una estela rosada que seguiría envolviendo Londres hasta el fin de un largo día.

Maisie revisó sus notas y releyó un borrador del informe que estaba preparando. El caso en cuestión no era muy importante; pero había aprendido con Maurice Blanche a poner siempre por escrito minuciosamente todo cuanto observaba para valorarlo después. Durante su aprendizaje con él, Maurice había insistido en que nunca se tenía que confiar nada a la memoria; no había que dejar piedra sin remover y se debía apuntar hasta la mínima observación. Todo, absolutamente todo, hasta el color de los zapatos que usaba ese día la persona entrevistada, debía quedar consignado. Era imprescindible describir el clima, la dirección del viento, las flores que acababan de abrirse, lo que habían comido. Se debía señalar y archivar todo, «absolutamente y en su totalidad sin que falte nada», según le había enseñado su maestro. De hecho, Maisie pensaba que si hubiera atesorado un chelín cada vez que había escuchado la frase «absolutamente y en su totalidad» no habría tenido que trabajar nunca más en la vida.

Se frotó el cuello una vez más, cerró la carpeta cuyo contenido había estado consultando y estiró los brazos por encima de la cabeza. El grave repiqueteo del timbre del portal rompió el silencio. Al principio, Maisie pensó que alguien debía de haberlo pulsado por error. Desde que Billy lo había instalado, el nuevo dispositivo, que sonaba directamente en su despacho, se había hecho oír muy pocas veces.

Era cierto que ella había asistido a Maurice Blanche en sus investigaciones, y que cuando su maestro, a los setenta y seis años, decidió retirarse, le había legado su clientela; pero la realidad estaba demostrándole que el hecho de establecerse por su cuenta constituía para ella un verdadero desafío. El timbre volvió a sonar.

Se alisó la falda, se pasó la mano por la cabeza para poner en orden algún que otro mechón rebelde y bajó a toda prisa.

—Buenas... —El hombre vaciló y consultó un reloj que extrajo del bolsillo de su chaleco como si quisiera asegurarse de cuál era el saludo que correspondía a aquella hora del día—. Buenas noches. Mi nombre es Davenham. Christopher Davenham. He venido a ver al señor Dobbs. No he concertado cita, pero me aseguraron que me recibiría.

Era alto —Maisie calculó que debía de medir un metro noventa— y vestía un elegante traje de *tweed*. Además, se había quitado el sombrero para saludarla en el momento exacto y había vuelto a ponérselo de inmediato. Calzaba unos zapatos impecables, probablemente lustrados por su criado. Apretaba bajo el brazo un ejemplar de *The Times* enrollado del que sobresalían una o dos hojas de papel de escribir. «Sus propias notas», pensó Maisie. Llevaba el cabello, negro azabache, peinado hacia atrás y engominado, y el bigote recortado con gran pulcritud. Christopher Davenham debía de tener entre cuarenta y dos y cuarenta y tres años. No habían pasado más que unos segundos desde

que se presentara, pero Maisie ya lo tenía calado. Ese hombre no había combatido en la guerra. «Tal vez gracias a su profesión», decidió.

—Adelante, señor Davenham, por aquí. No he acordado ninguna cita para esta tarde, así que ha tenido suerte.

Maisie lo condujo hasta el despacho y lo invitó a tomar asiento en la nueva silla que había instalado frente a la suya, la misma que el chófer de *lady* Rowan le había llevado la semana anterior. Era otro de los regalos que había recibido para mejorar el aspecto de su lugar de trabajo.

Davenham miró a su alrededor, como si esperase que apareciera alguien más; pero en lugar de eso lo que sucedió fue que la joven se presentó.

—Maisie Dobbs. A sus órdenes, señor Davenham. —Volvió a señalarle la silla—. Tome asiento, por favor. Veamos. Ante todo, dígame cómo llegó hasta mí.

Christopher Davenham disimuló bastante bien su sorpresa: sacó un pañuelo de hilo de uno de los bolsillos de su chaqueta y tosió ligeramente sobre él. El pañuelo, recién lavado y planchado, estaba doblado con tal perfección que en sus pliegues no se advertía la menor asimetría. Davenham volvió a plegar el pañuelo respetando con minuciosidad las líneas marcadas por la plancha y se lo guardó de nuevo en el bolsillo.

—Señorita... Dobbs. Bien... Mmm, bien... Mi abogado me ha recomendado sus servicios.

—¿Quién es él? —Maisie inclinó la cabeza hacia un lado para subrayar la pregunta y, de paso, llevar la conversación a un terreno más práctico.

—Oh... Joseph Robinson, de Blackstone y Robinson.

Maisie asintió. *Lady* Rowan, una vez más. Joseph Robinson había sido su asesor jurídico durante más de cuarenta años. Era un hombre al que no le hacía ninguna gracia tratar con tontos. A menos que le pagaran, y muy bien.

—Robinson ha sido el abogado de mi familia durante años. Le seré franco, señorita Dobbs. Estoy sorprendido. Creía que era usted un hombre. Pero Robinson sabe lo que hace, así que continuemos.

—Sí, de acuerdo, señor Davenham. Tal vez quiera usted confirmarme el motivo de su visita.

—Se trata de mi esposa.

A Maisie se le hizo un nudo en el estómago. Oh, Dios, después de años de formación y de sus éxitos con Maurice Blanche, ¿era eso lo que le tocaba en suerte? ¿Un triángulo amoroso? De todos modos, se enderezó sobre la silla, dispuesta a escuchar con atención. Recordó el consejo de Blanche: «Lo extraordinario, lo fuera de lo común, suele ocultarse tras el camuflaje de lo corriente. Nunca des nada por sentado, Maisie».

—¿Qué es lo que ocurre con su esposa, señor Davenham?

—Creo... Creo ha puesto sus ojos en otra persona. He estado sospechándolo desde hace un tiempo y ahora, señorita Dobbs, debo saber si lo que me imagino es cierto.

Maisie se reclinó y miró a Christopher Davenham directamente a los ojos.

—Señor Davenham, ante todo debo decirle que tendré que formularle algunas preguntas. Puede que no le resulte fácil o cómodo responderlas. Estarán relacionadas con sus explicaciones, e incluso con sus propias respuestas. Forma parte de mi trabajo. Soy una profesional muy especial, tanto como la retribución que pido por mis servicios.

—El dinero no es problema, señorita Dobbs.

—Muy bien. Pero tal vez las preguntas lo sean.

—La escucho.

—Señor Davenham, dígame, por favor: ¿existe algún indicio de peso que le lleve a pensar que su esposa está traicionando su matrimonio?

—Los martes y los jueves, sin falta, se marcha de casa en cuanto yo me voy a la oficina. Luego, regresa justo a la hora en que suelo volver para recibirme.

—Señor Davenham, el hecho de que ella no esté en casa no es motivo para que usted sospeche que lo está engañando.

—Pero las mentiras, sí.

—Continúe. —Maisie apuntó algo en la libreta sin dejar de mirar a Davenham, una suerte de habilidad especial que a él lo incomodó bastante.

—Me dice que ha ido de compras, a visitar amigas o a ver a su madre, y después de averiguar si eso es cierto descubro que nada de todo aquello le llevó más de una hora, como mucho. Es evidente que solo se trata de una cortina de humo.

—Hay otras posibilidades, señor Davenham. ¿No puede ser que su esposa haya ido al médico? ¿No estará estudiando algo? ¿Qué otros motivos que expliquen sus ausencias ha investigado usted? Quizá sus ausencias tengan una explicación completamente inocente.

—Señorita Dobbs, ¿no es eso lo que usted debería averiguar? Sígala y comprobará que estoy en lo cierto.

—Señor Davenham, seguir a una persona representa invadir su derecho a la privacidad. Si acepto este caso, y lo cierto es que soy libre de decidir al respecto, debo preguntarme algo más que quién hizo el qué y cuándo lo hizo. He de hacerme cargo de una responsabilidad que los involucra a usted y a su esposa de un modo que tal vez no haya tenido en cuenta. Dígame: ¿qué hará usted con la información que le procure?

—Bien, yo... la usaré. Mi abogado se ocupará de eso.

Maisie juntó las manos, las alzó y se las acercó a la nariz, como si estuviera a punto de pronunciar una plegaria.

—Quisiera hacerle otra pregunta: ¿qué valor tiene para usted su matrimonio?

—Vaya pregunta. ¿Cómo debo interpretarla?

—Es una pregunta a la que ha de responder si me hago cargo de la investigación.

—Para mí tiene un gran valor. Las promesas matrimoniales deben honrarse.

—¿Y qué valor adjudica usted a la comprensión, a la compasión, al perdón?

Davenham no respondió. Cruzó las piernas, se alisó el pantalón y se inclinó hacia delante para sacudirse con la mano una inexistente mota de polvo que yacía sobre unos zapatos impecablemente lustrados.

—¡Maldita sea! —exclamó luego.

—Señor Davenham...

—Señorita Dobbs, no carezco de compasión, pero también tengo mi orgullo. Mi esposa no me cuenta lo que realmente hace los días que sale de casa. Si he venido aquí es para enterarme de la verdad.

—Oh, sí. La verdad. Yo me ocuparé de averiguar lo que ocurre; pero antes, debe prometerme que cuando tenga listo mi informe, y usted sepa la verdad, discutiremos juntos qué hacer en el futuro.

—¿Qué quiere decir?

—La información que yo reúna estará dentro de un contexto. Analizaremos la situación a la luz de este, para que usted y su esposa puedan construir un futuro.

—Le aseguro que no entiendo qué se propone.

Maisie se puso de pie, dio unos pasos hasta la ventana y luego se volvió hacia su potencial cliente. Observó la mueca típica del labio superior rígido, percibió el malestar que sentía aquel hombre y captó al instante los sentimientos que lo embargaban. «Habla de orgullo —le dijo su intuición—, pero tiene el corazón herido».

—Mi trabajo es bastante más complejo de lo que usted tal vez se haya imaginado, señor Davenham. Soy responsable de la

seguridad de todas las partes involucradas, y eso es así incluso cuando trato con criminales.

Tardó un poco en responder. Maisie también permaneció en silencio, dándole tiempo para llegar a una decisión. Al cabo de un rato, dijo:

—Confío en Robinson, así que seguiré adelante.

Maisie regresó al escritorio, le echó una ojeada a sus notas, luego desvió la vista hacia los tejados en los que las palomas retornaban a sus recién contruidos nidos y, finalmente, volvió a concentrar su atención en el hombre que aguardaba a que ella dijera algo sentado al otro lado del escritorio.

—De acuerdo, señor Davenham, yo también seguiré adelante. —Maisie esperó un momento, como si quisiera subrayar la aceptación del caso con otro breve espacio de tiempo—. Muy bien, comenzaremos con sus señas, ¿le parece bien?

JACQUELINE WINSPEAR

TRES PLUMAS BLANCAS

Una investigación de
MAISIE DOBBS

Traducción:
ANA BELÉN FLETES VALERA



MAEVA | NOIR

*Para Kenneth Leech,
1919-2002*

*De pequeña tuve la suerte de tener a Ken Leech como profesor.
Después, durante la adolescencia y al entrar en la etapa
adulta, tuve el privilegio de contarlo entre mis amigos.*

*¿Qué harás, hijo, qué harás
en la noche de invierno ahora lejana
cuando te sientes junto al fuego en el sillón patriarcal
y los vecinos se pongan a hablar del campo de batalla?
¿Zafarte como si te hubieran lanzado un puñetazo
bajando la cabeza avergonzado?
¿O dirás: «No fui el primero en ir,
pero fui, gracias a Dios, fui»?*

«¡Formen filas!»
Harold Begbie, 1914

1

MAISIE DOBBS RECOGIÓ los papeles que tenía en el escritorio en un montón ordenado y los metió en una carpeta de papel manila, cogió la pluma estilográfica de W.H. Smith de color verde que imitaba las vetas del mármol y escribió en el anverso el nombre de sus nuevos clientes: el señor Herbert Johnson y su esposa, a quienes preocupaba que la prometida de su hijo pudiera haberles engañado sobre su pasado. Era el tipo de caso fácil que le proporcionaría referencias útiles y que podría cerrar acompañado de su correspondiente informe y de la factura por sus servicios. Pero para Maisie, la información relativa al caso no quedaría archivada por completo hasta que aquellos cuya vida se había visto afectada por su investigación estuvieran en paz con lo que había descubierto, consigo mismos y con los demás implicados, dentro de lo posible. Un rizo de pelo negro azabache le cayó sobre los ojos mientras escribía. Suspiró y se lo colocó de nuevo en el moño que llevaba en la nuca. De repente, dejó la estilográfica sobre el protector de escritorio, se liberó de nuevo el molesto mechón y se acercó al espejo grande que colgaba de la pared, encima de la chimenea. Se soltó el pelo largo y se lo metió por dentro del cuello de la blusa de seda blanca, que le quedaba a unos dos centímetros de la mandíbula. ¿Le quedaría bien el pelo más corto?

—A lo mejor lady Rowan tiene razón —se dijo en voz alta delante del espejo—. A lo mejor me quedaría mejor un corte *bob*.

Se miró de un lado y de otro varias veces y se levantó el pelo una pizca. Llevarlo más corto le ahorraría unos minutos de su

preciado tiempo cada mañana, y no se le soltaría del moño cada instante ni le caería sobre los ojos. Pero había algo que la retenía. Se levantó el pelo y giró la cabeza. ¿Se le vería la cicatriz? ¿Con el pelo más corto quedaría a la vista la marca de piel amoratada y protuberante que dibujaba una línea desde el cuello y se adentraba en la zona sensible del cuero cabelludo? Si se cortaba el pelo y un día estaba inclinada sobre sus papeles, sin que ella se diera cuenta, ¿podría un cliente ver el daño que le había infligido aquel obús alemán que cayó sobre la estación de evacuación de heridos en la que estuvo trabajando en Francia, en 1917?

Observó el reflejo de la habitación en el espejo y pensó en lo lejos que había llegado, no solo por el cambio de despacho, desde la oficina oscura y desvencijada de Warren Street, el único lugar que había podido permitirse un año antes, sino por todo lo que había sucedido desde la primera vez que vio a Maurice Blanche, su mentor y profesor, cuando todavía trabajaba como criada en la mansión de lord Julian Compton y su esposa, lady Rowan. Maurice y lady Rowan se habían dado cuenta de que Maisie era una chica inteligente y se habían propuesto brindarle todas las oportunidades posibles para calmar su sed de conocimiento. Entre los dos habían conseguido que admitieran en Girton College, uno de los colegios universitarios de Cambridge, a la que había sido una criada.

Maisie volvió a recogerse el pelo en su pulcro moño y, mientras lo sujetaba con las horquillas, miró por el ventanal de suelo a techo que daba a Fitzroy Square. Su ayudante, Billy Beale, asomó por la plaza en ese momento y cruzó los adoquines grises y mojados por la lluvia en dirección al despacho. La cicatriz empezó a dolerle. Al verlo, Maisie adoptó la misma postura que él y se dirigió hacia la ventana con los hombros hundidos, las manos metidas en unos bolsillos imaginarios y una forma de andar que imitaba la rigidez del hombre por culpa de una herida de guerra que seguía dándole la lata. Su actitud empezó a cambiar y se percató de que el malestar ocasional que había notado en Billy unas semanas atrás se había convertido en una constante en su vida.

Mientras lo observaba desde la ventana de lo que en otra época había sido la sala de dibujo de aquel edificio de estilo georgiano, Billy se estiró el puño del abrigo para cubrirse la mano y sacó brillo a la placa de bronce que informaba a los visitantes de que el despacho de M. Dobbs, Psicóloga e Investigadora, se encontraba en aquel edificio. Satisfecho, Billy se enderezó, echó los hombros hacia atrás, estiró la espalda, se peinó con los dedos el pelo revuelto de color trigueño y sacó la llave para abrir la puerta de entrada del edificio. Maisie lo vio corregir la postura. «Tú no me engañas, Billy Beale», se dijo. La puerta se cerró con un ruido sordo y las escaleras crujieron cuando el hombre subió al despacho.

—Buenos días, señorita. He recogido los expedientes que quería. —Billy dejó el sobre marrón en el escritorio de Maisie—. Ah, y otra cosa, he comprado el *Daily Express* para que le eche un ojo. —Se sacó el periódico del bolsillo interior del abrigo—. La mujer que asesinaron en su propia casa hace una o dos semanas, en Surrey, en la zona de Coulsden, ¿se acuerda?, pues parece que hay más detalles sobre quién era y el estado en el que la encontraron.

—Gracias, Billy —dijo Maisie tomando el periódico.

—Tenía la misma edad que usted, señorita. Terrible, ¿no le parece?

—Sí que lo es.

—Me pregunto si nuestro amigo... bueno, suyo en realidad, el inspector Stratton, estará metido en la investigación.

—Es muy probable. Como el asesinato tuvo lugar fuera de Londres, es un caso para el Departamento de Homicidios.

Billy se quedó pensativo.

—¿Le gustaría decir que trabaja para el Departamento de Homicidios, señorita? No son muy simpáticos, ¿verdad?

Maisie leyó el artículo por encima.

—Bah, es una invención del periódico para vender más ejemplares. Creo que empezaron a llamarlo así cuando el caso Crippen se convirtió en noticia. Antes se llamaba Brigada de Reserva, pero no sonaba lo bastante amenazador. Y Departamento de

Investigación Criminal es un nombre kilométrico. —Maisie lo miró y añadió—: Y, por cierto, Billy, ¿qué quieres decir con que es amigo mío?

—No lo digo por nada. Es solo que...

El teléfono negro que había en el escritorio empezó a sonar y dejó a su ayudante con la frase a medias. El hombre enarcó las cejas y alargó el brazo hacia el auricular.

—Fitzroy cinco, seis, cero, cero. Buenas tardes, inspector Stratton. Sí, aquí está. Le paso con ella. —Sonrió de oreja a oreja tapando el auricular con la palma mientras Maisie alargaba la mano para recibirlo ligeramente ruborizada—. Dígame, señorita, ¿qué era lo que solía decir el doctor Blanche sobre las coincidencias? Ah, sí, que eran «mensajes enviados por la verdad».

—Ya basta, Billy —dijo Maisie tomando el auricular e indicándole con la mano que la dejara sola—. Inspector Stratton, me alegra hablar con usted. Supongo que estará ocupado con el caso de asesinato de Coulsden.

—¿Y cómo se ha enterado usted, señorita Dobbs? No me lo diga. Será mejor que no lo sepa.

Maisie se rio.

—¿Y a qué debo su llamada, inspector?

—El motivo es puramente social, señorita Dobbs. Quería saber si le gustaría cenar conmigo.

Ella vaciló, dio unos golpecitos en el escritorio con la pluma y, por fin, respondió:

—Le agradezco la invitación, inspector. Es muy amable por su parte, pero a lo mejor podríamos comer en vez de cenar...

Se produjo un silencio.

—Desde luego, señorita Dobbs. ¿Está libre el viernes?

—Sí, el viernes es perfecto.

—Muy bien. Pasaré por su despacho a mediodía e iremos juntos a Bertorelli's.

Ella vaciló de nuevo.

—¿Podemos quedar directamente en Bertorelli's?

Y de nuevo silencio en la línea. Maisie se preguntaba por qué tenía que ser aquello tan complicado.

—Por supuesto. El viernes a mediodía en Bertorelli's.

—Hasta entonces. Adiós.

Colgó el auricular con actitud pensativa.

—Ya estoy aquí con una buena taza de té para usted, señorita.

Billy dejó la bandeja en el escritorio, sirvió la leche y el té en una taza esmaltada de gran tamaño y se la puso delante.

—Si me permite que se lo pregunte, señorita, y sé que no es asunto mío, pero ¿por qué no ha aceptado su invitación a cenar? Quiero decir que cenar gratis alguna que otra vez no es malo.

—Comer y cenar son cosas totalmente distintas, y salir a comer con un caballero no tiene nada que ver con salir a cenar por la noche.

—La cena es más abundante, para empezar...

Lo interrumpió el timbre. Billy se acercó a la ventana a ver quién era y Maisie se fijó en que se frotaba el muslo y hacía un gesto de dolor. La herida de guerra que había sufrido casi trece años atrás en la batalla de Messines, en 1917, le estaba molestando otra vez. Salió a abrir la puerta, y Maisie lo oyó bajar con dificultad las escaleras que llevaban a la puerta de la calle.

—Mensaje para M. Dobbs. Urgente. Firme aquí, por favor.

—Gracias, amigo.

Billy firmó y se buscó en el bolsillo alguna moneda para darle al mensajero. Cerró la puerta y suspiró antes de subir las escaleras de nuevo. Cuando llegó al despacho, le tendió el sobre a Maisie.

—¿Te está dando problemas la pierna? —preguntó ella.

—Un poco más de lo normal, nada más. Claro que ya no soy tan joven.

—¿Has vuelto a ir al médico?

—Últimamente no. Tampoco puede hacer mucho más, ¿o no? Soy un tipo con suerte, tengo un buen trabajo cuando hay cientos de hombres haciendo cola para ver si les dan algo. No tengo motivos para compadecerme, ¿no cree?

—Somos afortunados, Billy. Parece que no nos va a faltar el trabajo entre los que desaparecen después de gastarse todo

el dinero y los que no tienen más que malas ideas. —Dio la vuelta al sobre—. Vaya, vaya, vaya...

—¿Qué es, señorita?

—¿Te has fijado en el remitente que viene en el sobre? Es la letra de Joseph Waite.

—¿Se refiere al Joseph Waite que estoy pensando? ¿Joseph Waite «me sale el dinero por las orejas»? ¿El «carnicero de los banqueros» como lo llaman?

—Me pide que vaya a su casa «de inmediato», para recibir instrucciones para una investigación.

—Supongo que está acostumbrado a dar órdenes y a que las cosas se hagan siempre como él quiere... —El teléfono lo interrumpió una vez más—. ¡Diablos! ¿Qué le pasa hoy a este chisme?

Maisie alargó el brazo para levantar el auricular.

—Fitzroy cinco, seis, cero, cero.

—¿Podría hablar con la señorita Maisie Dobbs, por favor?

—Al aparato. ¿En qué puedo ayudarla?

—Soy la señorita Arthur, la secretaria de Joseph Waite. El señor Waite la está esperando.

—Buenos días, señorita Arthur. Acabo de recibir la carta que me ha traído un mensajero.

—Estupendo. ¿Puede venir hoy a las tres? El señor Waite la recibirá a esa hora y la reunión durará treinta minutos.

Le temblaba la voz ligeramente. ¿Tanto respeto le infundía su jefe?

—Perfecto, señorita Arthur. Mi ayudante y yo estaremos ahí a las tres. ¿Puede darme la dirección?

—Sí, tome nota. ¿Conoce Dulwich?

—CUANDO QUIERA, SEÑORITA.

Maisie miró el reloj de plata que llevaba prendido en la solapa de la chaqueta como si fuera un broche. Se lo había regalado lady Rowan cuando abandonó Girton College para trabajar como enfermera voluntaria en el Hospital Real de Londres,

dentro del Destacamento de Ayuda Voluntaria, durante la Gran Guerra. Había dado bien la hora desde el momento en el que se lo prendió al uniforme. Le había funcionado a la perfección cuando estuvo atendiendo a los heridos en la Estación de Evacuación de Heridos en Francia, y de nuevo cuando se ocupó de cuidar a los pacientes que sufrían neurosis de guerra a su regreso al Reino Unido. Y cuando terminó los estudios en Girton, el reloj se había sincronizado en numerosas ocasiones con el reloj de bolsillo de Maurice Blanche durante el tiempo que trabajó para él como ayudante. Aún tenía que servirle unos años más.

—Termino una cosa y nos vamos, Billy. Es la primera semana del mes y tengo que ocuparme de las cuentas.

Maisie sacó una llave del bolso, abrió el cajón central de la hilera del lado derecho del gran escritorio y sacó un libro de cuentas de pequeño tamaño de entre los seis cuadernos de tapa dura que había en el cajón. Tenía una etiqueta pegada que decía: «Automóvil».

El año anterior, lady Rowan le había dicho que utilizara su elegante deportivo descapotable MG 14/40. Le costaba conducir debido a un dolor recurrente en la cadera tras un accidente de caza, por lo que había insistido en que Maisie lo tomara prestado cuando quisiera. Después de utilizarlo con frecuencia durante unos meses, la joven se había ofrecido a comprárselo. Lady Rowan había bromeado diciendo que debía de ser la primera compraventa de un vehículo en la que el comprador insistía en pagar más de lo que estipulaba el vendedor. Maisie no había cedido y, al final, la mujer había estado de acuerdo en añadir un porcentaje pequeño en concepto de intereses. Cogió la pluma, sacó el talonario de cheques que guardaba en el mismo cajón y extendió un cheque a nombre de lady Rowan Compton. Anotó la cantidad pagada en la columna correspondiente del libro de cuentas y subrayó en rojo el importe que adeudaba.

—Muy bien, Billy, ya casi estoy. ¿Has dejado todo en su sitio?

—Sí, señorita. Los mapas de los casos están en mi escritorio bajo llave. El archivador también está cerrado con llave. El té también bajo llave...

—¡Billy!

—¡Le estaba tomando el pelo! —Billy le abrió la puerta y, tras salir los dos, cerró con llave el despacho.

Maisie miró el cielo plomizo.

—Parece que va a llover otra vez, ¿verdad?

—Y que lo diga. Será mejor que nos pongamos en camino y esperemos que pase rápido.

El coche estaba aparcado al final de Fitzroy Street, y la pintura brillante de color rojo de la carrocería resaltaba en la grisura de la tarde de abril.

Billy le abrió la puerta para que subiera, a continuación, levantó el capó para abrir la llave de la gasolina y lo dejó caer con un sonoro ruido metálico. Maisie hizo una mueca de dolor. Y se fijó en las ojeras de su ayudante mientras este estaba inclinado sobre el motor. Hacer bromas era la manera que tenía Billy de negar su padecimiento. El hombre levantó los pulgares para señalar que todo estaba en orden y Maisie encendió el contacto, pisó el acelerador y ajustó el regulador de aire pisando el botón situado en el suelo. El motor se puso en marcha. Billy abrió la puerta del copiloto y se sentó.

—Allá vamos. ¿Seguro que sabe el camino?

—Sí, conozco Dulwich. El viaje nos llevará una hora aproximadamente, dependiendo del tráfico que haya.

Maisie metió la marcha y se incorporaron a Warren Street.

—Vamos a repasar lo que sabemos de Waite. El hecho de que Maurice tuviera fichas sobre él en el archivo ya me intriga bastante.

—Bueno, según lo que dice la primera ficha, el doctor Blanche acudió a él para pedirle dinero para una clínica. ¿A qué se refiere? —Billy miró a Maisie y luego miró a la carretera—. Ya está empezando a llover.

—Lo sé. El clima londinense es tan impredecible que nunca sabes lo que puede pasar —comentó Maisie antes de responder a Billy—. Maurice era médico, Billy, ya lo sabes. Antes de especializarse en medicina forense, sus pacientes estaban un poco más vivos.

—Eso espero.

—El caso es que hace años, mucho antes de que yo fuera a trabajar a Ebury Place, Maurice trabajó en un caso que lo llevó al East End. Estaba examinando a la víctima de un asesinato, cuando llegó un hombre corriendo y pidiendo ayuda a gritos. Maurice fue con él hasta una casa vecina y allí se encontró con una mujer de parto, que estaba teniendo muchas dificultades para dar a luz a su primer hijo. El resumen es que salvó la vida de la madre y la de su hijo, y se fue de allí decidido a hacer algo sobre la falta de cuidados médicos para la gente pobre de Londres, en especial las mujeres y los niños. Así que uno o dos días a la semana volvió a ejercer de médico de los vivos con pacientes del East End, y de Lambeth y Bermondsey después, al otro lado del Támesis.

—¿Y qué tiene que ver con Waite?

—Lee la ficha y lo verás. Creo que antes de que yo llegara a Ebury Place, en 1910, Maurice llevó a lady Rowan a una de sus visitas médicas. Lo que vio la horrorizó y decidió ayudar. Empezó pidiendo dinero a todos sus amigos acaudalados para que Maurice pudiera abrir su propia clínica.

—¡Apuesto a que le dieron el dinero con tal de quitársela de encima!

—Tiene fama de conseguir todo lo que se propone y de que no le da miedo pedir. Creo que su ejemplo sirvió de inspiración a Maurice. Lo más probable es que conociera a Waite en algún evento social y se lo pidiera. Él es de esas personas capaces de juzgar la naturaleza de las personas nada más verlas y de utilizar esa... energía, llamémosla así, en su propio beneficio.

—¿Un poco como usted?

Maisie no respondió, sino que se limitó a sonreír. Había sido su extraordinaria intuición, junto con su agudo intelecto, los que habían hecho que Maurice Blanche la aceptara como alumna, y después como ayudante, en el mundo que él describía como «la ciencia forense de la persona en su totalidad».

—En fin, parece que el bueno del doctor Blanche le sacó a Waite quinientas libras —continuó Billy.

—Mira otra vez. Probablemente dirá que aquellas quinientas libras fue la primera de varias contribuciones.

Maisie limpió con el dorso de la mano el vaho que se había acumulado por dentro de la luna.

—Ah, aquí hay otra cosa —dijo Billy recostándose de repente con los ojos cerrados.

—¿De qué se trata? —Maisie lo miró. Tenía el rostro pálido tirando a verdoso.

—No sé si voy a poder leer en el coche. Me estoy mareando.

Maisie se detuvo a un lado de la carretera. Le indicó que abriera la puerta, que sacara los pies al camino y que pusiera la cabeza entre las rodillas. Luego cogió ella misma las fichas y se puso a resumir la información sobre Joseph Waite.

—Hombre acaudalado, hecho a sí mismo. Empezó como aprendiz de carnicero en la ciudad de Harrogate, en Yorkshire, con doce años. No tardó en demostrar que tenía cabeza para los negocios. Cuando cumplió los veinte ya era dueño de su primera tienda. El negocio floreció y en dos años se le quedó pequeño. Empezó a vender también frutas y verduras, comestibles de todo tipo y otros productos más sofisticados, todo de primera calidad y a buen precio. Abrió una segunda tienda y luego otra. Ahora posee varios establecimientos de su cadena Comestibles Waite Internacional repartidos por las ciudades grandes de todo el país, y otros establecimientos de menor tamaño de la línea Waite Gourmet en ciudades un poco más pequeñas. Todas las tiendas tienen en común el servicio de primera, la entrega a domicilio, los buenos precios y la calidad de los productos. Además, cada día se presenta por sorpresa al menos en una tienda. Puede aparecer en cualquier momento.

—Apuesto a que a sus empleados les encanta que haga eso.

—Mmm, tienes razón. Me pareció que la señorita Arthur estaba muy inquieta cuando hablamos por teléfono esta mañana. —Pasó a la siguiente ficha—. Ah, esto es interesante... Llamó a Maurice, sí, me acuerdo, para hacerle una consulta hace diez años. Qué raro...

—¿Qué ocurre? ¿Qué dice? —preguntó Billy secándose la frente con el pañuelo.

—Esto no es propio de Maurice. Dice solo: «No pude atender su solicitud. Se suspendió la comunicación».

—Estupendo. ¿Y en qué posición nos deja eso hoy?

—Bueno, debe seguir teniendo a Maurice en alta estima si ha decidido pedirme ayuda. —Miró a su ayudante para comprobar si seguía pálido—. ¡Ay, no, te está sangrando la nariz! Rápido, échate hacia atrás y apriétate el puente con esto. —Sacó un pañuelo bordado del bolsillo y se lo puso a Billy en la nariz.

—Cuánto lo siento, señorita. Primero tengo que echarme hacia delante y ahora hacia atrás. No sé... Hoy solo soy una molestia, ¿no le parece?

—Tontería, me eres de gran ayuda. ¿Cómo va la nariz?

Billy miró el pañuelo y se dio unos toquitos con él en la nariz.

—Creo que ya va mejor.

—Entonces será mejor que reanudemos la marcha.

MAISIE SE DETUVO al otro lado de la verja de hierro forjado que daba acceso a la finca y que conducía a una mansión de ladrillo de estilo neogeorgiano que se alzaba majestuosa en medio de unos cuidados jardines.

—¿Cree que alguien vendrá a abrir? —preguntó Billy.

—Por allí se acerca alguien —dijo Maisie señalando a un joven vestido con pantalones de golf, chaqueta deportiva de *tweed*, camisa de tejido de lana y corbata de color verde pino. Se apresuró a abrir el paraguas mientras trotaba hacia la entrada y saludó a Maisie con una leve inclinación de la cabeza mientras recorría el cerrojo de la verja. Maisie avanzó con el coche y se detuvo a su altura.

—Usted debe ser la señorita Dobbs. Tiene una reunión con el señor Waite a las tres.

—Así es.

—¿Y su acompañante es...? —El hombre se inclinó hacia delante para mirar a Billy.

—Mi ayudante, el señor William Beale.

Billy seguía apretándose la nariz con el pañuelo.

—Muy bien, señora. Aparque delante de la entrada de la casa, pero dé marcha atrás y deje el coche con el morro mirando hacia la verja de salida.

Maisie enarcó una ceja y el joven se encogió de hombros.

—Así es como le gusta al señor Waite, señora.

—Un poco quisquilloso, en mi opinión —dijo Billy cuando Maisie arrancó de nuevo—. Que dé marcha atrás y deje el coche con el morro hacia fuera. ¿Qué le parecería que entrara así, caminando hacia atrás, con la nariz hacia fuera? ¿Quién se habrá creído que es?

—Uno de los hombres más ricos del Reino Unido, o de Europa incluso. —Maisie maniobró para dejar el coche como le habían indicado—. Y, como sabemos, nos necesita para algo, o de lo contrario no estaríamos aquí ahora. Vamos.

Salieron del coche y se dirigieron con paso decidido a la puerta de entrada, donde los esperaba una mujer para recibirlos. Maisie calculó que rondaría los cincuenta y cinco años y llevaba un vestido austero de color gris pizarra hasta media pierna, con los puños blancos y un cuello bebé superpuesto también blanco. Cerraba el cuello en el centro con un broche de camafeo. El único otro adorno que portaba era un reloj de pulsera de plata con la correa de cuero negro. Tenía el pelo canoso recogido detrás de la cabeza tan tirante que se le estiraban las sienes. Pese a su aspecto sobrio, cuando Maisie y Billy llegaron al último escalón, les sonrió de forma afectuosa y con un brillo acogedor en los ojos azul claro.

—¡Pasen deprisa, no se vayan a morir de frío ahí fuera! ¡Qué mañana! El señor Harris, el mayordomo, ha pillado un resfriado terrible. Yo soy la señora Willis, el ama de llaves. Permítanme los abrigos. —La mujer tomó el chubasquero de Maisie y el abrigo de Billy, y se los entregó a una criada—: Cuélgalos en el tendedero de encima de la chimenea que hay en el cuarto

de la colada. Los invitados del señor Waite se marcharán dentro de —consultó el reloj— treinta y cincos minutos aproximadamente, así que intenta que se sequen todo lo posible para entonces.

—Muchas gracias, señora Willis —dijo Maisie.

—El señor Waite los recibirá enseguida en la biblioteca.

Maisie notó la tensión que flotaba en el ambiente. El ama de llaves caminaba apresuradamente, lo que los obligaba a apretar el paso. Al llegar a la puerta de la biblioteca, consultó de nuevo la hora y puso la mano en la manilla de bronce. En ese momento se abrió una puerta detrás de ellos y una mujer llegó corriendo.

—¡Señora Willis! Señora Willis, ya me ocupo yo de llevar a los invitados del señor Waite a la biblioteca —dijo jadeando.

El ama de llaves los dejó con ella, pero frunció el ceño molesta.

—Por supuesto, señorita Arthur, adelante. Buenos días —dijo volviéndose hacia Maisie y Billy, tras lo cual se alejó sin volver a mirar a la señorita Arthur. Por desgracia no pudo desaparecer con dignidad, puesto que la puerta se abrió una vez más y un hombre corpulento se aproximó a ellos consultando el reloj conforme se acercaba.

—Perfecto, las tres, la hora de nuestra reunión.

Y sin apenas mirarlos se metió en la biblioteca.

Billy se inclinó un poco hacia Maisie y susurró:

—¡Esto es como un circo de tres pistas!

Ella respondió inclinando levemente la cabeza.

—Siéntense, siéntense.

Joseph Waite les señaló sendas sillas situadas en el lado más largo de una mesa rectangular de caoba pulida mientras él se sentaba de inmediato en una silla más grande en la cabecera. Su corpulencia hacía que pareciera bajo de estatura, aunque pasaba del metro ochenta y se movía con una rapidez engañosa. Según las notas de Maurice, Waite había nacido en 1865, lo que significaba que tenía sesenta y cinco años. Vestía un traje azul marino de raya diplomática hecho a medida por un sastre de Savile Row, que, sin duda, le había costado lo suyo. Completaba el atuendo con una camisa blanca, corbata de seda de color gris

claro, zapatos negros lustrosos y calcetines de seda de color gris claro que Maisie vio cuando bajó la vista al suelo. Caro, muy caro todo ello, claro que Joseph Waite apestaba a dinero nuevo y al enorme puro habano que se pasó de la mano derecha a la izquierda para saludar a Maisie primero y luego a Billy.

—Joseph Waite.

Maisie tomó aire y abrió la boca para responder, pero no le dio tiempo.

—Voy a ir directamente al grano, señorita Dobbs. Mi hija, Charlotte, ha desaparecido. Soy un hombre ocupado, así que se lo diré sin rodeos: no quiero involucrar a la policía, porque no creo ni por un momento que sea un asunto policial. Y no quiero que vengan y pongan la casa patas arriba y que pierdan el tiempo con especulaciones, además de atraer a todos los periodistas aburridos hasta aquí.

Maisie tomó aire de nuevo y abrió la boca para hablar, pero Waite levantó la mano con la palma hacia ella. La joven se fijó en el anillo de oro de gran tamaño que llevaba en el meñique, y cuando volvió a poner la mano encima de la mesa, vio que tenía diamantes incrustados. Miró de soslayo a Billy, que enarcó una ceja.

—No es un asunto policial, porque no es la primera vez que se va de casa. Tiene que encontrarla, señorita Dobbs, y traerla antes de que empiecen a correr los rumores. Un hombre de mi posición no puede permitirse que su hija se escape y salga en la prensa. No hace falta que le diga que corren malos tiempos para un hombre de negocios como yo, pero las empresas Waite se están apretando el cinturón como corresponde y no les está yendo mal, la verdad. Y quiero que siga así. Dicho esto —consultó el reloj de nuevo—, puedo dedicarle veinte minutos de mi tiempo, de modo que hágame todas las preguntas que necesite. No le ocultaré nada.

Maisie se dio cuenta de que, aunque Waite se había esforzado mucho en eliminar el acento marcado de Yorkshire, tan diferente del londinense, se le notaba en la forma de alargar las vocales, por ejemplo.

—Me gustaría saber algo más sobre su hija. —Maisie tomó las fichas en blanco que Billy le entregó—. En primer lugar, ¿cuántos años tiene Charlotte?

—Treinta y dos. Es como usted más o menos.

—Pues sí.

—¡Pero no tiene ni la mitad de iniciativa que tiene usted!

—¿Disculpe?

—No voy a andarme con rodeos: Charlotte es como su madre. Una pusilánime, como yo le digo. Trabajar un día no le vendría mal, aunque, como es natural, la hija de un hombre como yo no tiene necesidad de trabajar. Qué le vamos a hacer.

—Y que lo diga. Tal vez podría contarnos un poco lo que ocurrió el día que desapareció. ¿Cuándo la vio por última vez?

—Hace dos días. El sábado por la mañana. En el desayuno. Yo estaba abajo, en el comedor, cuando llegó, eufórica, y se sentó en el extremo opuesto de la mesa. Estaba perfectamente bien, tomándose unas tostadas con el té, pero, de repente, se puso a llorar, a sollozar incluso, y salió corriendo.

—¿Fue a ver qué le pasaba?

El hombre suspiró y alargó la mano hacia el cenicero. Dio unos golpecitos en el puro y la ceniza que se había acumulado en el pie cayó dejando un círculo acre. Dio una profunda calada y expulsó el humo.

—No, no fui. Terminé de desayunar. Charlotte es un poco como Sarah Bernhardt, señorita Dobbs, una actriz; tendría que haber subido a los escenarios, como su madre. Nada es lo bastante bueno para ella. Pensé que ya habría encontrado marido a estas alturas, pero no. De hecho, debería escribir esto —dijo señalando con el puro la ficha que Maisie tenía en la mano—: su prometido la dejó plantada hace un par de meses. ¡Ni siquiera con mi dinero es capaz de encontrar marido!

—Señor Waite, la conducta que describe sugiere que su hija pudiera estar angustiada por algo.

—¿Angustiada? ¿Angustiada dice? Nunca le ha faltado comida de calidad que llevarse a la boca, ni ropa, y de la buena, he de añadir, que ponerse. Le he dado una buena educación, en

Suiza, nada menos. Celebramos un baile como es debido para presentarla en sociedad. Una familia podría haberse alimentado durante todo un año solo con lo que me costó la levita que me puse. Esa jovencita ha tenido lo mejor de lo mejor, así que no me venga con que está angustiada, señorita Dobbs. No tiene derecho a la angustia.

Maisie le sostuvo la mirada con firmeza. «Prepárate, va a contarte lo dura que ha sido su vida.»

—Angustia, señorita Dobbs, es lo que sientes cuando tu padre muere en un accidente en la mina, y tienes solo diez años y eres el mayor de seis hermanos. Eso sí que es angustia. La angustia es la que te da una buena patada en el culo y te obliga a buscarte la vida para llevar el pan a casa cuando no eres más que un niño.

Waite hizo una pausa antes de continuar con el acento marcado de Yorkshire.

—Angustia, señorita Dobbs, es que tu madre y tu hermano pequeño mueran de tuberculosis cuando tienes catorce años. Eso, señorita Dobbs, es angustia. Lo que sientes cuando crees que lo tienes todo controlado, porque trabajas día y noche para ser algo en la vida, y pierdes a otro hermano en la misma mina que mató a tu padre porque aceptó el primer trabajo que salió para ayudar a la familia. Eso, señorita Dobbs, es angustia. Pero usted sabe de buena tinta a lo me refiero, ¿verdad? —El hombre se inclinó hacia delante y aplastó el puro en el cenicero.

Maisie se dio cuenta de que, en algún lugar de su despacho, Joseph Waite guardaba un expediente que contenía tanta información sobre ella como la que ella había reunido sobre él, si no más.

—Señor Waite, soy muy consciente de las dificultades que se presentan en la vida, pero si me hago cargo de la investigación, y la decisión final es mía, me hago responsable del bienestar de ambas partes. Si abandonar la casa de esta forma es algo que su hija acostumbra a hacer y el motivo de su inquietud es algún tipo de desacuerdo doméstico, está claro que algo hay que hacer para aliviar la presión, digamos, que sufren ambos. Tiene que

prometerme que discutiremos qué hacer con el problema cuando encontremos a Charlotte.

Joseph Waite apretó los labios. No era un hombre acostumbrado a que le plantaran cara. Y, sin embargo, como Maisie acababa de comprender, era la similitud de los orígenes de ambos lo que lo había llevado a elegirla a ella para que se ocupase del caso, y él no daría marcha atrás. Era un hombre muy inteligente, y muy beligerante también, que agradecería que no se perdiera un minuto más.

—Señor Waite, aunque Charlotte se haya fugado por voluntad propia, la noticia de su desaparición no tardará en atraer la atención de la prensa, que es lo que usted teme. Dada su situación económica y los difíciles tiempos que corren, existe la posibilidad de que sea usted objeto de extorsión. Y pese a que parece seguro que Charlotte está sana y salva, y que ha hecho esto para esconderse de usted, no podremos saberlo con seguridad hasta que la encontremos. Ha dicho que ya se ha marchado otras veces. ¿Puede contarme algo más sobre esas otras desapariciones?

Waite se reclinó en la silla negando con la cabeza.

—Sale corriendo, en mi opinión, cada vez que no consigue lo que quiere. La primera vez fue cuando me negué a que tuviera coche. —Observó el césped del jardín y señaló con el puro en la dirección a lo que Maisie supuso que sería el garaje—. Un chófer puede llevarla adonde quiera ir. No estoy a favor de que las mujeres conduzcan.

Maisie y Billy se miraron.

—Así que se fue corriendo a casa de su madre a quejarse, sin duda, del padre tan horrible que tenía. ¡Le aseguro que de donde yo vengo, las mujeres darían lo que fuera por que alguien las llevara en coche en vez de tener que caminar ocho kilómetros empujando un carrito con un bebé dentro, un par de críos más encima y las bolsas de la compra colgando del manillar!

—¿Y la segunda vez?

—Estaba prometida y quería romper el compromiso. Me refiero al anterior, no al último. Y se fue al Ritz, ni más ni menos.

Tiene una buena casa aquí, pero quiere vivir en el hotel Ritz. Yo mismo fui a buscarla y la traje a casa.

—Entiendo. —Maisie se imaginó la vergüenza que debió de sentir la mujer cuando su padre furioso la sacó a la fuerza del Ritz—. Así que, en su opinión, Charlotte tiene tendencia a fugarse para evitar una confrontación.

—Sí, una manera bastante exacta de decirlo —respondió él—. Y dígame, ¿qué piensa ahora de su bonita idea de «discutir qué hacer con el problema» cuando Charlotte regrese, señorita Dobbs, teniendo en cuenta que no es capaz de mirar a su padre a la cara?

Maisie no dudó un momento.

—Mis condiciones se mantienen, señor Waite. Parte de mi trabajo cuando traiga a Charlotte de vuelta a casa consistirá en escuchar lo que su hija tenga que decir.

El hombre corrió la silla hacia atrás, se metió las manos en los bolsillos del pantalón y se dirigió a la ventana. Miró el cielo un momento y sacó un reloj de bolsillo.

—Estoy de acuerdo con las condiciones que me plantea. Enviéme el contrato mañana a las nueve. La señorita Arthur se ocupará de pagar el adelanto que sea necesario y también del pago de sus servicios, así como de cualquier otro gasto que pueda surgir, a la recepción de su factura. Si necesita preguntarme alguna otra cosa, puede concertar una cita con ella. Si no, espero un informe sobre el progreso de la investigación el viernes. En persona y a la misma hora, si es que no ha conseguido encontrarla para entonces. Soy un hombre ocupado, como ya le he dicho, señorita Dobbs.

Se dio media vuelta para irse.

—¿Señor Waite?

—¿Sí?

—¿Podemos ver las habitaciones de Charlotte?

—La señorita Arthur llamará a la señora Willis y se las mostrarán. Buenas tardes.

JACQUELINE WINSPEAR

MENTIRAS PIADOSAS

Una investigación de
MAISIE DOBBS

Traducción:
ANA BELÉN FLETES VALERA



MAEVA | NOIR

*Para Anne-Marie, con todo mi amor y gratitud
por toda una vida de amistad.*

*Es cierto que mentir no es un acto íntegro;
pero cuando la verdad acarrea un grave daño,
la falta de integridad es justificable.*

Creusa

SÓFOCLES (ca. 496-406 a.C.)

*Apilad esos cuerpos en montones bien altos
en Austerlitz y en Waterloo.
Con la pala empujadlos hacia dentro, hacia dentro,
que yo trabajo:
yo soy la hierba; yo cubro todo.
Apilad esos cuerpos en montones bien altos
en Gettysburgo,
y apilad esos cuerpos en montones bien altos
en Iprés y en Verdún.
Con la pala empujadlos hacia dentro, hacia dentro,
que yo trabajo.
Dos años, diez años
y los pasajeros al guía le dirán:
¿En dónde estamos, que sitio es este?
Yo soy la hierba.
Y yo trabajo.*

«Hierba»

CARL SANDBURG (1878-1967)

PRIMERA PARTE

Londres, septiembre de 1930

1

LA JOVEN AGENTE de policía estaba de pie en un rincón de la sala. Era un lugar inhóspito con las paredes encaladas y sin adornos; una puerta pesada, una mesa de madera con dos sillas y un ventanuco con el cristal esmerilado. Esa tarde hacía frío y la mujer llevaba allí de pie desde que había comenzado su turno, hacía ya dos horas, con la chica desaliñada, inclinada hacia delante en la silla que miraba a la pared como única compañía. Otras personas habían entrado en la sala en distintos momentos y se habían sentado en la segunda silla; primero, el inspector Richard Stratton, acompañado por el sargento Caldwell, que había permanecido de pie detrás de él. Después Stratton se había quedado de pie mientras un médico del hospital Maudsley se sentaba frente a la chica y trataba de hacerla hablar. La chica —nadie sabía la edad que tenía o de dónde procedía, puesto que no había dicho una sola palabra desde que la llevaron a la comisaría aquella misma mañana con el vestido manchado de sangre, y las manos y la cara sucias como si no hubiera visto el agua en un mes— esperaba en ese momento a alguien a quien le habían pedido que acudiera para interrogarla: una tal señorita Maisie Dobbs. La agente había oído hablar de ella, pero después de lo que había visto aquel día, no tenía tan claro que hubiera alguien capaz de arrancarle una palabra a la pobre chica.

La agente oyó voces en el pasillo: Stratton y Caldwell, y alguien más. Alguien con una voz suave, ni muy alta ni muy baja,

pero a su dueña no le hacía falta levantarla para hacerse oír, o para hacerse escuchar, pensó la agente.

La puerta se abrió y entró Stratton seguido por una mujer que supuso que sería Maisie Dobbs. La agente se quedó sorprendida, porque no era como ella esperaba; no tardó en darse cuenta de que la voz no revelaba gran cosa sobre su dueña, excepto que tenía hondura sin llegar a ser una voz grave.

La mujer vestía un traje sencillo de color burdeos y zapatos negros, y llevaba un maletín negro de piel bastante usado. Sonrió a la agente y a Stratton de una forma que casi sobresaltó a la mujer uniformada cuando se encontró con los ojos de color azul oscuro de Maisie Dobbs, psicóloga e investigadora.

—Encantada de conocerla, señorita Chalmers —dijo Maisie, aunque no las habían presentado. La calidez del saludo desconcertó a la policía—. Brrr, qué frío hace aquí —añadió volviéndose hacia Stratton—. ¿Podemos poner una estufa de aceite, inspector? Es solo para caldear esto un poco.

Stratton enarcó una ceja yladeó la cabeza ante lo inusual de la petición. Divertida al ver que habían pillado desprevenido a su jefe, Chalmers intentó disimular la sonrisa y la chica de la silla levantó la cabeza, solo un segundo, porque la voz de la mujer la impulsó a hacerlo.

—Gracias, inspector. Ah, y a lo mejor podrían traerle una silla a la señorita Chalmers —añadió mientras se quitaba los guantes y los ponía encima del bolso negro, que dejó en el suelo. A continuación, levantó la silla y la colocó no enfrente de la chica, sino al otro lado de la mesa, pero cerca de ella.

A Chalmers le pareció extraño, y en ese preciso momento se abrió la puerta y un agente entró con una silla, salió de nuevo un momento y regresó con una estufa pequeña de parafina que dejó al lado de la pared. Intercambiaron una mirada rápida y se encogieron de hombros.

—Gracias —dijo Maisie sonriendo.

Y los dos policías comprendieron que había visto la comunicación furtiva entre ambos.

Maisie se sentó junto a la chica, pero no dijo nada. Se mantuvo en silencio un rato, lo que llevó a la agente Chalmers a preguntarse qué diantres pintaba allí. Pero entonces se dio cuenta de que aquella señorita Dobbs tenía los ojos cerrados y había cambiado levemente de postura, y, aunque no sabría decir cómo, era como si estuviera hablando con la chica sin abrir la boca, que se inclinó hacia ella, casi sin poder evitarlo. «No me lo puedo creer, va a hablar.»

—Ya voy entrando en calor.

Era una voz redonda, con acento del sudoeste del país. La chica hablaba de forma pausada, produciendo una fuerte vibración al pronunciar las erres y asintiendo cuando terminaba una frase. Una chica de campo. Sí, a Chalmers le pegaba que fuera una chica de campo.

Pero Maisie Dobbs no dijo nada, se limitó a abrir los ojos y sonrió, pero no con la boca. No, fueron sus ojos los que sonrieron. Después le tocó la mano y la tomó entre las suyas. La chica se echó a llorar, y a Chalmers le pareció de nuevo extraño que la tal Dobbs no hiciera ademán de rodearle los hombros con el brazo ni intentara que dejara de llorar; ni siquiera aprovechó el momento, como hubieran hecho Stratton o Caldwell. No, ella permaneció allí sentada y asintió con la cabeza, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Y a continuación hizo algo que volvió a sorprender a la mujer policía.

—Señorita Chalmers, ¿sería usted tan amable de asomarse a la puerta y pedir que traigan una palangana con agua caliente, jabón, un par de paños y una toalla, por favor?

La agente asintió una vez con la cabeza y se dirigió a la puerta. «Las chicas van a tener tema de conversación. Seguro que pasarán un buen rato a cuenta de este teatrillo.»

El policía de antes volvió al rato con la palangana, los paños, el jabón y la toalla. Maisie se quitó la chaqueta, la colgó en el respaldo de la silla y se remangó la blusa de seda de color crema. Metió las manos en la palangana, frotó uno de los paños con la pastilla de jabón y lo escurrió. A continuación, levantó el rostro

de la chica, la miró a los ojos enrojecidos e hinchados y comenzó a limpiarle la cara, aclarando el trapo cada poco, y terminando con toquecitos suaves con el paño caliente en las sienes y la frente. Siguió con los brazos, tomándole primero la mano izquierda para subir después hasta el codo, y luego hizo lo mismo con la mano derecha. La chica se encogió, pero Maisie fingió no darse cuenta y siguió masajeándole con suavidad la mano derecha, y a continuación el brazo hasta el codo, y después se lo aclaró.

Cuando la investigadora se arrodilló y le tomó primero un pie descalzo y sucio, y luego el otro para limpiarle el polvo y la mugre con el segundo paño, la policía se dio cuenta de que se había quedado embelesada con la escena que estaba teniendo lugar ante sus ojos. «Es como estar en la iglesia.»

La chica volvió a hablar.

—Tiene usted unas manos muy suaves, señorita.

Maisie sonrió.

—Gracias. Antes era enfermera, hace años, durante la guerra. Los soldados me decían muchas veces que tenía las manos suaves.

La chica asintió con la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

Chalmers abrió los ojos como platos cuando la chica, que llevaba sentada en aquella sala sin tomar nada más que una taza de té desde que la habían metido allí doce horas antes, respondió de inmediato.

—Avril Jarvis, señorita.

—¿De dónde eres?

—De Taunton, señorita —dijo y empezó a sollozar.

Maisie metió la mano en el bolso negro y sacó un pañuelo de lino limpio, que dejó encima de la mesa delante de la chica. Chalmers esperó a que Maisie sacara una hoja de papel y se pusiera a tomar notas, pero no lo hizo. En vez de eso, siguió haciéndole preguntas hasta que terminó de secarle los pies.

—¿Cuántos años tienes, Avril?

—Haré catorce en abril, creo.

Maisie sonrió.

—Y dime, ¿cómo es que estás en Londres y no en Taunton?

Avril Jarvis sollozó mientras Maisie doblaba la toalla y se sentaba junto a ella de nuevo. Pero la chica respondió a la pregunta y a todas las que le hizo durante la siguiente hora, y entonces Maisie decidió que ya era suficiente por el momento. Le dijo que cuidarían de ella y volverían a hablar al día siguiente, y que el inspector Stratton estaría presente también para escuchar lo que tuviera que contarles. Y para añadir leña a la historia que Chalmers iba a contarles a las otras mujeres policía que se alojaban en las habitaciones del piso superior de la comisaría de Vine Street, la chica asintió y dijo:

—Está bien, pero solo si está usted conmigo, señorita.

—Sí, yo también estaré, no te preocupes. Ahora descansa, Avril.

2

TRAS LA REUNIÓN con Stratton y Caldwell para ponerlos al día de lo sucedido en la entrevista con la chica, el chófer del inspector llevó a Maisie a su despacho en Fitzroy Square y quedó en pasar a recogerla al día siguiente por la mañana para una nueva entrevista con Avril Jarvis. Maisie sabía que aquel segundo encuentro era importante. Según lo que trascendiera de ella y lo que pudieran corroborar, Avril Jarvis podría pasar el resto de su vida entre rejas.

—Ha tardado mucho, señorita —dijo Billy Beale, su ayudante, pasándose los dedos por el pelo trigueño. Se acercó a ella para quitarle el abrigo y lo colgó en la percha que había detrás de la puerta.

—Sí, ha sido una entrevista larga, Billy. La pobre criatura no tenía ninguna posibilidad. Sin embargo, no estoy segura de hasta qué punto está investigando la policía los antecedentes de la chica, y me gustaría obtener más información para formarme una opinión más precisa. Si me llaman para prestar declaración bajo juramento, quiero estar preparada. —Se quitó el sombrero, que dejó en una esquina de su mesa, y guardó los guantes en el primer cajón—. Quería preguntarte una cosa, Billy. ¿Os apetecería a Doreen y a ti pasar el fin de semana en Taunton con todos los gastos pagados?

—¿Como unas vacaciones, señorita?

Maisieladeó la cabeza antes de contestar.

—Bueno, no exactamente como unas vacaciones. Quiero que averigües más cosas sobre Avril Jarvis, la chica a la que he

entrevistado esta mañana. Me ha dicho que es de Taunton y no tengo motivos para no creerlo. Averigua dónde vivía, datos sobre su familia, si fue a la escuela, si trabajaba y cuándo dejó el pueblo para trasladarse a Londres. Quiero saber por qué se desplazó a la ciudad, aunque dudo mucho que supiera que era para vivir en las calles. Y también cómo era de pequeña. —Negó con la cabeza—. Por el amor de Dios, solo tiene trece años, no es más que una niña. Es espantoso.

—¿Se ha metido en algún lío, señorita?

—Ya lo creo, uno bien gordo. Están a punto de acusarla de asesinato.

—Vaya por Dios... ¿Y solo tiene trece años?

—Sí. Entonces, ¿puedes ir a Taunton?

Billy apretó los labios mientras lo pensaba.

—La verdad es que Doreen y yo nunca hemos ido de vacaciones. No le gusta dejar a los críos, pero creo que mi madre puede ocuparse de ellos el tiempo que estemos fuera.

Maisie asintió con la cabeza. Sacó una carpeta de papel manila en la que se leía «AVRIL JARVIS» y se la pasó a Billy, junto con un puñado de tarjetas en las que había tomado notas mientras esperaba para reunirse con Stratton y Caldwell.

—Muy bien. Confírmame lo antes posible si puedes ir y cuándo. Te adelantaré el dinero para el tren, la estancia en una casa de huéspedes y gastos imprevistos. Y ahora sigamos con lo nuestro, hoy tengo que irme pronto.

Billy tomó la carpeta y se sentó a la mesa.

—Ah, sí, ha quedado con esa antigua amiga, la señora Partridge.

Maisie se concentró en el libro de cuentas que tenía delante. No levantó la vista.

—Sí, Priscilla Partridge, Evernden cuando estudiábamos juntas en Girton. Después de dos trimestres allí, lo dejó en 1915 para ingresar en el Cuerpo de Enfermeras Voluntarias de Primeros Auxilios y conducir una ambulancia en Francia. —Suspiró y entonces sí levantó la vista—. No soportaba vivir en Inglaterra tras

el Armisticio. Perdió a sus tres hermanos en la guerra y la gripe se llevó a sus padres, así que se fue a vivir a la zona costera de las Landas, en Francia. Allí conoció a Douglas Partridge.

—Creo que he oído hablar de ese sitio —dijo Billy dándose unos golpecitos con el lápiz en la sien.

—Douglas es un escritor y poeta famoso. Lo hirieron de gravedad en la guerra y perdió un brazo. Sus poemas sobre el conflicto causaron bastante controversia cuando se publicaron por primera vez, pero ha logrado seguir escribiendo, aunque todo su trabajo tiene un punto bastante oscuro, ya me entiendes.

—Pues la verdad es que no, señorita. Había oído hablar de él, pero la poesía no es lo mío, si le digo la verdad.

Maisie sonrió y continuó:

—Priscilla tiene tres niños. Los llama «los sapos» y dice que son como eran sus hermanos, siempre están tramando algo. Ha venido a Londres a buscar colegio para el próximo curso. Douglas y ella han decidido que los chicos están creciendo y quieren que se eduquen en el Reino Unido.

Billy negó con la cabeza.

—Yo creo que no podría separarme de mis críos... Perdone, señorita.

El hombre se tapó la boca nada más decirlo al recordar que Frankie Dobbs había mandado a Maisie a trabajar en la mansión de lord Julian Compton y su esposa, lady Rowan, cuando murió su mujer. Maisie no tendría más de trece años por entonces.

—No pasa nada, Billy —dijo ella encogiéndose de hombros—. Hace mucho de aquello. Mi padre hizo lo que consideró mejor para mí y no tengo duda de que eso es lo que está haciendo Priscilla. Cada cual piensa de una forma, pero todos nos vamos algún día, ¿o no? —Se encogió de hombros—. Venga, terminemos estas facturas y a casa.

Maisie llevaba un año viviendo en la casa que lord y lady Compton tenían en Belgravia. Lady Rowan se lo había ofrecido como un favor, puesto que quería que alguien de confianza viviera en la planta de arriba mientras ellos estaban fuera. Maisie

era una mujer independiente con un negocio propio desde que su mentor y antiguo jefe, Maurice Blanche, se había jubilado, así que, en vez de dormir en una humilde cama en las habitaciones de los sirvientes en la azotea, como cuando llegó a vivir por primera vez a la mansión, ahora ocupaba unas elegantes dependencias en la segunda planta. Los Compton cada vez pasaban más tiempo en Chelstone, la residencia campestre que tenían en Kent, donde el padre de Maisie trabajaba como encargado de las cuerdas. Todos pensaban que mantenían la casa de Belgravia para dejársela a su hijo James, que vivía en Canadá y se ocupaba de los negocios que la familia tenía allí.

Maisie estaba sola en la casa —sin contar con el reducido número de sirvientes— la mayor parte del tiempo, y a finales de verano, lady Rowan regresaría a la ciudad para reanudar sus obligaciones como una de las anfitrionas principales de Londres. Sin embargo, las extravagancias se habían reducido durante ese último año, desde que lady Rowan, en una muestra de compasión inusual entre los miembros de la aristocracia, había dicho: «¡Simplemente, no puedo permitirme ese comportamiento cuando la mitad del país no tiene comida suficiente que llevarse a la boca! No, economizaremos y veremos cómo podemos ayudar al país a salir de esta espantosa catástrofe».

Al llegar a Ebury Place aquella tarde, Maisie llevó el MG a las cocheras situadas detrás de la mansión y se fijó de inmediato en que el Rolls-Royce de lord Compton estaba aparcado junto al viejo Lanchester, y que George, el chófer, charlaba con Eric, el criado que se encargaba de los coches cuando este se encontraba en Kent.

George se tocó la frente y le abrió la puerta del coche.

—Buenas tardes, señora. Me alegro de verla.

—¡George! ¿Qué haces tú por aquí? ¿Ha vuelto lady Rowan a Londres?

—No, señora, he venido solo con el señor. Pero no va a quedarse. Tiene una reunión de negocios y luego irá al club.

—Oh, vaya. ¿La reunión es en la casa?

—Sí, señora. Y, si no le importa, ha dicho que quería hablar con usted en la biblioteca en cuanto llegara.

—¿Conmigo?

Maisie se quedó sorprendida. A veces pensaba que lord Compton la había apoyado en los primeros años de su educación solo para darle el capricho a su mujer, aunque siempre se había mostrado muy cordial con ella.

—Sí, señora. Sabe que tiene que salir más tarde, pero ha dicho que no la entretendrá mucho.

Maisie hizo a George un gesto de asentimiento con la cabeza y dio las gracias a Eric, que se acercó al coche con un trapo para limpiar el MG, aunque estaba reluciente. En vez de entrar por la puerta de la cocina, un acto poco convencional que había tomado por costumbre, se dirigió rápidamente a la puerta principal, donde la estaba esperando Sandra, la trabajadora de más edad del personal de servicio en ausencia de Carter, el mayordomo, que estaba en Chelstone.

—Buenas tardes, señora —dijo Sandra haciendo una leve reverencia, pues sabía que Maisie detestaba ese tipo de formalidades—. El señor...

—Sí, acaba de decírmelo George. —Le entregó el sombrero y el abrigo, pero se quedó con el maletín. Consultó la hora en el reloj que llevaba prendido en la solapa, regalo de lady Rowan cuando se marchó a Francia para trabajar como enfermera en 1916. El reloj había sido su talismán desde entonces—. Gracias, Sandra. ¿Podrías prepararme el baño, por favor? Voy a reunirme con la señora Partridge en el hotel Strand Palace a las siete y no quiero llegar tarde.

—Por supuesto, señora. Una lástima que no pudiera quedarse aquí. No será por falta de sitio.

Maisie se dio unos toquécitos en el pelo mientras echaba a correr hacia la escalinata.

—Dijo que, para unos días que puede descansar de los niños, quería disfrutar de que se lo dieran todo hecho en un hotel de lujo.

Maisie se serenó antes de entrar en la biblioteca y llamó a la puerta. Oía voces de hombre. La de lord Compton era clara y firme; la otra voz sonaba más grave y categórica. Maisie escuchó detrás de la puerta con los ojos cerrados y comenzó a pronunciar en silencio las palabras que oía, cambiando la postura del cuerpo de manera automática para adoptar la que le sugería aquella voz. Estaba claro que era un hombre decidido, de buen porte y con unos hombros anchos y fuertes. Se le ocurrió que tal vez fuera abogado, aunque algo despertó su interés unos segundos antes de llamar a la puerta y entrar en la biblioteca: la voz de aquel hombre denotaba que tenía miedo.

—MAISIE, GRACIAS POR dedicarnos unos momentos de tu precioso tiempo —la saludó Julian Compton al tenderle la mano para invitarla a entrar. Era un hombre alto y delgado, con el pelo canoso peinado hacia atrás y el aire cortés y sofisticado que se tiene cuando se es rico, seguro de sí mismo y triunfador.

—Es un placer verlo, lord Julian. ¿Cómo está lady Rowan?

—Aparte de esa horrible cadera suya, ¡imparable! Como podrás imaginar, está a punto de nacer un nuevo potrillo; ¡seguramente otra promesa para el Derbi de dentro de un par de años!

—Lord Compton se volvió hacia el hombre que aguardaba de pie de espaldas a la lumbre—. Permíteme que te presente a un buen amigo, sir Cecil Lawton, abogado de la Corona*.

Maisie se acercó y le estrechó la mano.

—Buenas tardes, sir Cecil.

Percibió la incomodidad del hombre, que parecía reticente a mirarla a los ojos y prefería fijar la vista en algún punto detrás de ella. Después se miró los pies y de nuevo a lord Julian. «Casi puedo oler el miedo», pensó Maisie.

* K.C. en el original, King's Counsel. Es el título que reciben los abogados de más alto rango en el Reino Unido, nombrado por la Corona tras varios años de ejercicio ante los tribunales. (*N. de la T.*)

Cecil Lawton era solo cuatro o cinco centímetros más alto que ella. Tenía el pelo ondulado, de color gris oscuro, con raya al medio y peinado hacia atrás por los lados. Llevaba gafas de media luna y tenía una nariz bulbosa que parecía reposar con cierta incomodidad sobre el bigote encerado. Vestía ropa cara, aunque no era nueva. Maisie había conocido a muchos hombres como él en su trabajo, abogados y jueces que habían invertido mucho dinero en el aspecto exterior para dar buena impresión, pero que, una vez alcanzaban el culmen de su carrera profesional, dejaban de mirar hacia Savile Row, la calle de los sastres por excelencia, con la devoción de cuando eran más jóvenes.

—Es un placer verla, señorita Dobbs. Tal vez recuerde que ya nos conocemos. Cuando prestó usted declaración a favor de la defensa en el caso Tadworth. Aquel hombre habría ido directo a la prisión de Wormwood Scrubs de no ser por sus acertadas observaciones.

—Gracias, sir Cecil. —Maisie tenía prisa por saber el motivo del encuentro con el abogado y poder arreglarse para su cena con Priscilla. Se volvió hacia lord Julian—. Creo que quería usted verme, lord Julian. ¿En qué puedo ayudarlo?

Este dirigió una breve mirada hacia Lawton.

—Sentémonos. Maisie. Sir Cecil quiere confirmar cierta información que recibió hace unos años, durante la guerra. Acudió a mí y yo le sugerí de inmediato que tal vez tú podrías ayudarlo. —El hombre miró un momento a su amigo y volvió a fijar la vista en ella—. Creo que es mejor que él mismo te explique la situación en privado, sin que yo interfiera de ningún modo. Sé que tú prefieres que sea él quien te dé todos los detalles y responda a cualquier pregunta que consideres necesaria con absoluta confianza. He de añadir, Maisie —dijo sonriéndole a su amigo— que he informado a mi buen amigo de que tus tarifas no son insignificantes, pero que tu trabajo lo merece.

Maisie sonrió e inclinó la cabeza.

—Gracias, lord Julian.

—Muy bien. Me voy a mi guarida unos diez minutos o así. Enseguida vuelvo.

SIR CECIL LAWTON se removió inquieto en el asiento, y al final se levantó de nuevo y se colocó de espaldas a la chimenea. Maisie se reclinó suavemente en el sillón, ante lo cual Lawton se aclaró la garganta y empezó a hablar.

—Esto es de lo más inusual, señorita Dobbs. Nunca pensé que un día tendría que pedir ayuda con este asunto... —El hombre negó con la cabeza, con los ojos cerrados, y pasados unos segundos levantó la mirada y continuó—: Mi único hijo, Ralph, murió en la guerra.

—Lamento oírlo, sir Cecil —dijo Maisie en voz baja. Como notaba que el abogado tenía una pesada carga que compartir, se inclinó hacia delante para indicar que era todo oídos. El hombre había pronunciado el nombre de una manera inusual, eliminando la ele.

—Me encontraba en posición de hacer preguntas, por lo que no me quedaron, no me quedan, dudas de que había perdido a Ralph para siempre. Estaba en las fuerzas aéreas. El que seguía vivo tres semanas después de llegar a Francia tenía suerte.

Maisie asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

Lawton se aclaró la garganta otra vez, se mordió el puño un segundo y después se cruzó de brazos y continuó:

—Mi esposa, sin embargo, siempre mantuvo que Ralph estaba vivo. Se volvió una persona muy... inestable, creo que diría usted, tras conocer la noticia. Creía que algún día volvería. Decía que una madre sabía esas cosas. Sufrió una crisis nerviosa un año después de la guerra. Había empezado a relacionarse con espiritistas, médiums y todo tipo de charlatanes en un intento de demostrar que Ralph estaba vivo.

—Hubo mucha gente que recurrió a ese tipo de cosas, sir Cecil. Su esposa no era la única.

El hombre asintió con la cabeza y continuó con su historia.

—Uno de ellos llegó a decir que un guía espiritual... —Negó con la cabeza y volvió a sentarse frente a Maisie—. Lo siento, señorita Dobbs. Me hierva la sangre con solo pensar en ello. El hecho de que una persona pueda ejercer tanto poder sobre otra me parece aborrecible. Bastante tiene una familia con soportar la pérdida; no le hace falta que venga una bruja... —El hombre vaciló un instante y luego recuperó la compostura—. El caso es que alguien le dijo a mi esposa que un espíritu guía le había entregado un mensaje desde el más allá que decía que Ralph no estaba muerto, sino todo lo contrario.

—Tiene que ser muy difícil para usted —dijo Maisie.

Maisie prefería no tomar partido mientras escuchaba toda la historia. Había algo en el modo en que aquel hombre hablaba de su hijo que la incomodaba. Sintió un escalofrío en la nuca, en la cicatriz que le había quedado en el cuero cabelludo tras la explosión del obús. Tenía dudas sobre el amor de aquel hombre hacia su hijo.

—Mi esposa pasó los últimos dos años de su vida en un manicomio, señorita Dobbs, una institución privada en el campo. No podía permitir que los rumores pusieran en peligro mi posición. Allí la cuidaban y vivía con comodidad.

Maisie miró el reloj de pie situado en un rincón de la biblioteca. Tenía que darse prisa.

—Dígame, sir Cecil, ¿en qué puedo ayudarlo?

El abogado se aclaró la garganta otra vez antes de hablar.

—Agnes, mi esposa, falleció hace tres meses. Celebramos un pequeño funeral y publicamos una esquela en *The Times*. Sin embargo, en el lecho de muerte me hizo prometerle que encontraría a Ralph.

—Vaya.

Maisie juntó las manos y se las llevó a los labios, como si estuviera rezando.

—Sí. Prometí encontrar a alguien que está muerto. —La miró de frente por primera vez—. Es mi deber buscarlo. Por eso acudo a usted, por sugerencia de Julian.

—Lord Julian estaba en el Departamento de Guerra durante el conflicto. Seguro que él tiene acceso a los archivos.

—Por supuesto, y la búsqueda dio como resultado lo que ya sabíamos: capitán Ralph Lawton, RFC, falleció en Francia en agosto de 1917.

—¿Qué quiere que haga yo, sir Cecil?

—Quiero que demuestre de una vez por todas que mi hijo está muerto.

—Perdóneme, pero tengo que preguntárselo. ¿Y su tumba?

—Sí, claro, la tumba. Mi hijo murió calcinado cuando su avión se estrelló. Poco quedó de la nave, imagínese de mi hijo. Sus restos están enterrados en Francia.

—Entiendo.

—Doy este paso para cumplir la promesa que le hice a mi mujer.

Maisie frunció el ceño.

—Pero una búsqueda como esa podría ser interminable y difícil de soportar, si me permite que se lo diga, sir Cecil.

—Ya. Lo sé, lo entiendo. Sin embargo, he decidido que tiene que establecerse un límite de tiempo para dicha tarea.

Maisie dejó escapar un suspiro profundo.

—Sir Cecil, como sin duda comprenderá, en mi trabajo estoy acostumbrada a recibir peticiones inusuales y he aceptado encargos que otros habían rechazado o no habían tratado de la mejor manera. En un caso como este, mi responsabilidad se extiende también a su bienestar, señor, se lo digo con franqueza.

—Estoy de maravilla, no se preocupe. Yo...

Maisie se levantó y se acercó a la ventana, miró la hora y se volvió hacia el abogado.

—Con frecuencia este trabajo me exige ser rotundamente sincera y, como ya le he dicho, debo serle franca. Acaba de perder a su esposa, que lo ha obligado a hacerle una promesa terrible: encontrar a un hijo que, a todos los efectos, está muerto. Me da la impresión de que, desde que recibió la noticia de su muerte, no ha sido usted capaz de despedirse de él con los rituales que

nos ayudan a dejar en el pasado a aquellos que ya no están con nosotros.

Maisie calló un momento, miró al señor Lawton y continuó.

—Ese peregrinaje del duelo es la única forma de ser libres para recordar a los muertos con alegría. Aceptar este caso implica considerar con detenimiento el rito del duelo y la conmemoración que le esperan. Verá, sir Cecil, aún no estoy segura de cómo se desarrollará todo esto, pero sé de primera mano lo difícil que será para usted revivir la pérdida a medida que vaya avanzando en mi investigación. Y, como es lógico, tendré que investigar también a todas esas personas a las que su esposa consultó tratando de buscar respuesta a esa sensación que tenía de que su hijo estaba vivo.

—Entiendo. O eso creo. Pensé que podía limitarse a consultar registros, viajar a Francia y... —El hombre se calló. Estaba claro que no tenía ni idea de lo que podría hacer Maisie en Francia.

—Si me lo permite, voy a hacerle una sugerencia, sir Cecil. Piense en todo lo que acabo de decirle y en las implicaciones que podría tener mi investigación. Y luego llámeme al despacho y retomaremos el tema si aún desea que investigue la verdad sobre la muerte de Ralph.

Maisie buscó en el maletín una tarjeta de visita y se la tendió. En ella se leía su nombre seguido de «Psicóloga e investigadora» y su número de teléfono.

El hombre se quedó mirando la tarjeta un momento y, finalmente, la guardó en el bolsillo del chaleco.

—Muy bien. Pensaré en el alcance de mi petición.

—Estupendo. Ahora, si me disculpa, sir Cecil, he de darme prisa. Tengo un compromiso para cenar esta noche.

La llamada en la puerta anunció la llegada calculada a la perfección de lord Julian Compton.

—Pensé que ya habríais terminado.

—Sí, Julian. La señorita Dobbs ha sido de gran ayuda —dijo tendiéndole la mano a Maisie.

—Espero sus noticias a su debido tiempo, sir Cecil. —Maisie le estrechó la mano—. Una cosa más, señor. En caso de que quiera seguir adelante con la investigación, tendré curiosidad por saber qué motivo, según su esposa, tenía Ralph para no volver a casa si ella creía que estaba vivo.

3

TRAS LA REUNIÓN, Maisie se bañó, se arregló el pelo rápidamente y se puso un vestido negro de día. No tenía vestidos de noche ni ropa elegante para salir, de modo que buscó en el armario algo que pudiera servirle para una cena en el hotel Strand Palace. Se puso un poco de colorete y un toque de lápiz de labios, y se atusó el pelo una última vez. Al final, su larga melena se las había visto con las tijeras de la peluquera a principios de verano y, aunque le había hecho un corte de lo más estiloso, Maisie extrañaba el peso en el cuello al caerle por la espalda cuando se soltaba el moño. El pelo a la altura de la mandíbula de su corte *bob* ya le estaba creciendo y eso le gustaba. Por una vez en la vida seguía los dictados de la moda.

Subió al MG resplandeciente y pisó el acelerador en dirección al hotel donde había quedado con Priscilla. Aunque seguían en contacto, no se habían visto más que una o dos veces desde que su amiga se había ido a vivir a Biarritz. Al principio, Maisie había cuestionado su decisión de residir en el extranjero, pero sabía que Priscilla necesitaba estimular esa efervescente personalidad suya entumecida por la pérdida y el dolor. En Biarritz se había metido de lleno en un ambiente de fiesta, y lo único que había impedido que se la llevara la corriente de una vida de decadencia tras la guerra había sido la fuerza y la determinación serenas de su marido, el poeta Douglas Partridge. Este la había acogido en su hogar en la costa y en la relajante influencia de su vida de búsqueda e introspección artísticas. Maisie se alegraba por su

amiga, y en su opinión formaban una pareja sólida. Priscilla había descubierto la felicidad verdadera, y con ello animaba a Douglas a relacionarse con otras personas sin perder la seguridad en sí mismo. Pasado el tiempo y siendo ya madre de tres hijos, la envidiable energía de Priscilla terminaba por los suelos al final del día, aunque Maisie se preguntaba cómo se las apañaría sin la niñera.

Pero Maisie tenía la mente ocupada no solo con Priscilla y su familia mientras avanzaba entre el tráfico londinense. La preocupaba su encuentro con sir Cecil Lawton, un caso que podría ser lucrativo, aunque le daba la impresión también de que estaba cargado de ambigüedad. Le gustaba dejar sus casos perfectamente cerrados, saber que podía archivar toda la información recabada sin miedo a que se hubiera dejado cabos sueltos. No podía evitar pasar por alto que Agnes Lawton le había pedido de forma explícita a su marido que buscara a su hijo, mientras que las instrucciones que Cecil Lawton le había dado a ella eran demostrar que su hijo estaba muerto, que era muy diferente. Aquello que apuntaba a un cliente que podía dar problemas. Esperaba que el abogado se inclinara por no seguir adelante con la investigación.

Maisie aparcó y entró a toda prisa en el elegante hotel Strand Palace. Al hacerlo, se vio reflejada en el vestíbulo recién reformado con un estilo muy vanguardista recubierto de espejos. Suspiró. Lo cierto era que había una parte de su reencuentro con Priscilla que temía. Su amiga se confesaba un sabueso de la moda. Con esas piernas largas, los rasgos aguileños y el pelo castaño reluciente le quedaba bien cualquier cosa, de cualquier estilo, todo nuevo siempre y muy caro. «Me paso el día de acá para allá o metida hasta las orejas en la vida de tres demonios, así que no me resigno a no viajar de vez en cuando a París para ir de compras», le había dicho Priscilla. Y sabía que su estilo era insulso en comparación con el de su amiga.

Maisie la vio de inmediato, sentada en un sillón. Se detuvo un momento a observarla. Priscilla llevaba unos pantalones

anchos de seda con mucha caída y una blusa de color gris claro metida por dentro de los pantalones de cintura ancha. Sobre los hombros tenía una chaqueta de seda negra también, de un estilo más corto que el que solía llevar ella. La chaqueta se completaba con un vivo de color gris claro y un pañuelo de seda en el bolsillo frontal del mismo color. Maisie se sacudió unas motas de polvo del vestido, que de pronto se le antojó pasado de moda. Priscilla se volvió hacia ella y, con una sonrisa resplandeciente, descruzó las piernas rápidamente pero con elegancia y se levantó.

—Maisie, querida, estás impresionante. ¡Tiene que ser el amor!

—Anda ya, Pris —contestó ella besándola en las mejillas.

Las dos se separaron para poder contemplarse mejor.

—Bueno, he de decir que no tienes arrugas.

Priscilla sacó un cigarrillo del bolso y lo metió en una boquilla de ébano. Maisie se acordó de la gesticulación exagerada que empleaba cuando fumaba aquellos cigarrillos prohibidos en los tiempos en que estudiaban en Girton; agitaba en el aire la boquilla para enfatizar algún comentario, y a veces formaba un círculo de humo perfecto antes de decir: «En mi opinión...», cosa que siempre daba aunque nadie se la hubiera pedido.

Priscilla rodeó a Maisie con el brazo y la condujo con complicidad hacia el restaurante.

—Quiero que me lo cuentes todo, y me refiero a todo, acerca de la persona que hace que te brillen así los ojos. Sé que has tenido un par de pretendientes y conozco ese brillo. Recuerdo haberlo visto cuando fuimos a la fiesta de despedida de Simon. ¿Te acuerdas...? —Calló de repente—. Dios mío, perdona, Maisie, no era mi intención...

—No te preocupes, Pris. Hace mucho tiempo de eso. Y fue una fiesta maravillosa, la mejor de mi vida. —Sonrió para que su amiga supiera que no había nada inoportuno en hablar de Simon. El capitán Simon Lynch era el joven médico del ejército

británico a quien había amado, y que había quedado incapacitado física y mentalmente por culpa de las heridas sufridas en la Gran Guerra.

Priscilla se paró y miró a Maisie a los ojos con el brillo de las lágrimas en los suyos al recordar la hondura de su pena. Ella le acarició la mano que le había apoyado en el brazo.

—Venga, vamos a tomarnos una copa, Pris. Me apetece.

—¡Pues sí que has cambiado! Ahora ya solo me queda llevarte de compras.

Maisie se volvió hacia Priscilla mientras las conducían a una mesa.

—Sabía que no tardarías ni dos minutos en llevarme por ese camino.

—Vale, muy bien, dejaré el tema para más adelante. Puede que estés saliendo con un médico rural. Porque es él, ¿verdad? Pero no hace falta que te vistas con ropa sosa y te pongas las perlas ya mismo.

—Pero yo no...

Priscilla levantó una mano con gesto juguetón y pidió un gin-tonic. Maisie se decantó por un vino dulce.

—Muy bien, habla, cuéntamelo todo. ¿Es Andrew Dene? ¿El doctor Andrew Dene? ¿Ese de quien me hablabas en tu última carta?

—Mira, no es nada serio, solo estamos... Oh, gracias. —Maisie sonrió al camarero, contenta por la interrupción.

—¿No es nada serio? ¡Apuesto a que el doctor Dene sí lo considera algo serio! ¿Te ha pedido que te cases con él?

—Pues no...

—¡Oh, vamos! Eres una mujer triunfadora con prestigio profesional y, por la forma en que te sonrojas, parece que estoy hablando con la enamoradiza de mi niñera. —Priscilla apagó el cigarrillo y bebió un buen sorbo de su gin-tonic—. Quien he de decir que me ha hecho que me salgan canas de preocupación por culpa de la aventura que ha tenido con un hombre que me parece que no es trigo limpio.

—Menos mal que eso no tiene mucho que ver con mi caso. Andrew es muy simpático.

—Entonces, ¿por qué no te vas a casar con él?

Maisie bebió y dejó el vaso en la mesa.

—Para que lo sepas, no me lo ha pedido. Por el amor de Dios, si casi no nos hemos visto desde la primera vez que fuimos juntos al teatro. Disfruto de su compañía, es muy divertido, seguro que te caería bien, pero aparte de pasar juntos algún día del fin de semana o alguna tarde entre semana cuando viene a la ciudad, los dos estamos muy ocupados.

Priscilla metió otro cigarrillo en la boquilla, enarcó una ceja y se inclinó hacia su amiga.

—¿Seguro que solo has pasado algún día del fin de semana, y no el fin de semana entero con él?

—Eso es todo, Priscilla Evernden. ¡Eres un demonio! —Maisie se rio y su amiga con ella—. Ay, cuánto me alegro de verte, Pris. Venga, háblame de los niños. ¿Has encontrado ya colegio para ellos?

El camarero regresó para tomar la comanda y, cuando se marchó, Priscilla continuó poniendo a Maisie al día de su vida familiar y de la búsqueda de un colegio adecuado para los tres niños, acostumbrados a cierta libertad en su moderno complejo turístico de la costa francesa, y que dentro de poco iban a tener que habituarse a una vida mucho más rígida. Siguieron hablando durante toda la cena.

—Así que estamos entre la espada y la pared tratando de conseguir que reciban una educación y que no les den una paliza por cometer un error. —Posó los cubiertos en el plato y alcanzó la copa de vino—. El caso es que voy a visitar tres colegios más esta semana y, aparte de eso, tengo que ver a mis abogados para hablar sobre el mantenimiento de las propiedades familiares. Una parte de mí quiere venderlo todo, pero, por otro lado, me gustaría conservarlo para los chicos. —Negó con la cabeza—. Un tema de conversación muy aburrido para la cena. ¿Qué me dices de ti? ¿En qué estás trabajando?

—Ya sabes que no puedo hablarte de mis casos.

—¿Ni siquiera un poquito a una madre en apuros?

—¡Cuando las ranas críen pelo! —contestó Maisie sonriendo—. Está bien. Lo único que puedo decirte es que mi próximo caso, si es que al final me lo encargan, consiste en demostrar que alguien que murió en la guerra está muerto de verdad. —Tuvo cuidado de no decir «aviador», aunque era consciente de que nunca antes había compartido con alguien ajeno a una investigación tanta información como la que acababa de darle a Priscilla.

Su amiga puso una mueca.

—Eso me pasa por preguntar. Claro que no es tan inusual si lo piensas bien. Piensa que a muchos los consideraron desaparecidos, con el consiguiente dolor para sus familias.

—Y es posible que tenga que ir a Francia —continuó Maisie—. Aunque no puedo decir que me apetezca.

—Entonces debes ir a Biarritz. Tómatelo como unas vacaciones después de todo lo que has trabajado. ¡Dios mío, llevo años intentando que nos hagas una visita!

—Me temo que eso me pillará a desmano. Si estuvieras en tu piso de París, sí podría ir a verte.

Priscilla negó con la cabeza.

—A París no voy más que de compras de vez en cuando. Douglas va al piso a escribir a veces. Hay una especie de Sociedad de las Naciones libresca que se ha establecido en París y que le gusta frecuentar. Los estadounidenses son divertidos, pero, entre tú y yo, a mí me parece que a lo que van es a criticar.

—No sé, Pris. Existe algo parecido en Fitzroy Square, pero casi nunca los veo. Ni siquiera nos damos los buenos días.

Priscilla guardó silencio y acarició el borde de la copa con el dedo mientras Maisie la observaba. Su postura había cambiado; tenía toda la tensión acumulada en la zona de los hombros, y Maisie sabía que la razón estaba en el corazón de su amiga.

—¿Qué ocurre, Priscilla?

—Nada, no es nada...

Maisie se reclinó en la silla, mientras que Priscilla se inclinaba hacia delante y apoyaba los codos en la mesa. Y al momento empezó a desgranar los pensamientos que cargaba auestas entre medias sonrisas y alguna que otra broma.

—Mi padre me hubiera hecho levantar de la mesa por esto, ¿lo sabes? «En la mesa solo carne cocinada», le gustaba bromear mientras te clavaba el tenedor en el brazo.

—Los que se fueron nunca se quedan lejos —dijo Maisie.

—Ya lo sé. Lo veo cada vez más en los niños según van creciendo. Aunque ellos no llegaron a conocer a sus tíos, los veo reflejados en ellos cada día, ¡incluso cuando uno está a punto de darle un pescozón a otro! ¡Cuánto los echo de menos! Sigo echando de menos a mi familia, Maisie —dijo Priscilla levantando la boquilla de marfil y, pese a la mirada despectiva de dos damas de edad que estaban comiendo en una mesa cercana, encendió otro cigarrillo.

—Pero hay algo más, ¿verdad? —instó Maisie apoyando las manos en la mesa, no con las palmas hacia abajo, sino vueltas un poco hacia arriba y en posición relajada.

Priscilla expulsó un anillo de humo y sonrió de oreja a oreja a sus vecinas de mesa. «No cambia», pensó Maisie.

—Es por el caso ese que has mencionado, Maisie. —Priscilla vaciló un momento antes de continuar—. Me ha hecho pensar en mi hermano mayor, Peter. Como sabes, yo soy la pequeña. Los chicos eran todos mayores que yo. A Phil y a Pat los mataron en 1916, con dos semanas de diferencia, pero a Peter... No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —dijo Maisie resistiendo el impulso de inclinarse hacia delante en vez de dejarle espacio para que siguiera hablando.

—No, no tengo ni idea. —Priscilla miró a su amiga a los ojos—. Creo que es porque mis hijos están creciendo muy deprisa. Me negué a pensar en ello cuando terminó la guerra y, después, cuando murieron mis padres. Me fui a Francia a toda prisa y durante un año me dediqué a emborracharme; menos

mal que apareció Douglas y me sacó del abismo. Lo adoro, Maisie, y adoro a mis niños. Mi marido y yo nos hemos ayudado mucho y no quiero volver la vista atrás, pero...

—¿Pero?

—Nunca supimos dónde murió Peter. Nunca encontraron su cuerpo, aunque tampoco era inusual, ¿no te parece? Yo ni siquiera llegué a ver el telegrama. Mis padres ya habían perdido a Patrick y a Philip, así que lo quemaron, y yo llevo dándole vueltas desde entonces. Intento enterrarlo en el fondo de la mente, pero de repente algo, y a veces es algo muy simple, nada grave como lo de tu caso, lo trae de nuevo al presente.

Maisie guardó silencio un buen rato. Y después extendió las manos y tomó las de su amiga.

—Escucha, Pris, quiero que valores esto que te voy a decir, y, por favor, no lo descartes sin más. Puedo recomendarte a alguien que a través de la conversación puede ayudarte a cerrar el asunto de Peter en tu corazón. Yo soy tu amiga, nuestra relación es demasiado cercana para que yo lo haga, pero Maurice...

Priscilla sacó la mano derecha de entre las de su amiga y la levantó para que no siguiera hablando.

—Sé lo que quieres proponerme, Maisie. He oído hablar mucho sobre esas modernas terapias conversacionales y no son lo mío. Prefiero escuchar un disco antiguo en el gramófono y beber y fumar hasta que la pena encuentre a otro a quien amargarle la vida. —Guardó silencio un segundo y cambió de tema—. ¿Has recibido carta de Girton para pedirte que colabores en su nueva campaña para recaudar fondos? He pensado que voy a darles algo.

MAISIE Y PRISCILLA estuvieron juntas una hora más recordando mientras cenaban los años de Girton y lo que les había deparado la vida desde la guerra. Quedaron en verse de nuevo para comer antes de que Priscilla tomara su vuelo en el aeródromo de

Croydon de vuelta a Francia. Pero cuando regresó conduciendo a Ebury Place con la capota del MG bajada tras dejar a su amiga, pues era una noche cálida de principios de otoño, Maisie valoró la posibilidad de regresar a Francia, perspectiva que la aterraba.